



*Besos*  
**DE PLEBEYA**

ROMANCE SINCERO ENTRE EL PRÍNCIPE Y LA CAMPESINA

**GEMA PEREZ**



---

## BESOS DE PLEBEYA

---

*Romance Sincero entre el Príncipe y la Campesina*



Por **Gema Perez**

© Gema Perez 2018.

*Todos los derechos reservados.*

Publicado en España por Gema Perez.

Primera Edición.

***Autora Best Seller en Fantasía Épica y Fantasía Oscura***

*Dedicado a;*

*Belén, por ser mi magia durante muchos años.*

*Guillem, por reforzar mi pasión por la escritura y la fantasía.*

**[Haz click aquí](#)**

**para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis**

## *I*

### *Pasos inseguros*

Pocos reinos contaban con un sistema social y político tan organizado como el reino de Aiskel. Allí se había desarrollado una hermética civilización que tenía como principal prioridad la educación y evolución del pensamiento.

Grandes cantidades de monedas de oro habían sido invertidas en la creación de escuelas, universidades y bibliotecas, lo que había establecido a este reino como uno de los más evolucionados a nivel tecnológico y del conocimiento.

De todas partes llegaban personas buscando la oportunidad de ser parte de esta sociedad tan educada y culta, ya que, otros reinos únicamente pensaban en el desarrollo bélico.

El rey Casper, siempre se había preocupado por mantener sus fuerzas bien equipadas, pero tenía una convicción absoluta de que un pueblo sin educación estaría destinado al fracaso, sin importar cuantas guerras ganara.

La intención del rey Casper en nutrir el conocimiento de los habitantes de su pueblo, los había ayudado a desarrollar una gran cantidad de armamento, que eran la vanguardia a nivel de ingeniería y tecnología.

Aunque habían sido atacados en múltiples oportunidades, el reino de Aiskel siempre se mantenía sólido e impenetrable debido a la gran cantidad de artilugios y métodos aplicados al arte de la guerra.

No se trataba solo de la fuerza bruta y el tamaño de las armas, se trataba de inteligencia, estrategia y poder intelectual. Casper se había alzado como el rey más poderoso, guardando conocimientos de manera celosa y muy reservada en cuanto a sus recursos de armamento y tecnología.

Pero, aunque su poderío y resistencia había sido impenetrable, la salud del rey Casper no duraría para siempre, por lo que, habían comenzado los preparativos para el nombramiento de un nuevo rey, su hijo Arthur.

Con 21 años de edad, el joven heredero ya estaba preparado para poder asumir las responsabilidades de un nuevo reinado. Aunque aún no estaba completamente seguro acerca de su decisión de adelantar el nombramiento,

Casper asumía que ya no le quedaba demasiado tiempo.

Su vista había comenzado a fallar, y ya no tenía la misma certeza a la hora de tomar decisiones. Se había vuelto inseguro, débil y un poco temeroso de su entorno. Casper ya no podía estar al mando de un reino tan poderoso como el de Aiskel, por lo que, darle la continuidad a su hijo, sería la mejor decisión, aunque no estaba completamente convencido de cuales serían los resultados de esta decisión.

El reino estaba constantemente acechado por sus enemigos, quienes constantemente estaban en busca de los secretos que guardaban las murallas del mismo. Estaba atravesando un episodio lleno de paranoia y desesperación, cuya única solución era darle la oportunidad a su hijo demostrar de qué estaba hecho. Durante años había sido entrenado con una gran cantidad de habilidades, tanto a nivel de combate como intelectual, desarrollando algunos de sus conocimientos a lo largo de estudios en las academias especializadas del reino de Aiskel.

Había sido un niño privilegiado, quien había tenido los tutores más expertos y preparados para desarrollar todo su conocimiento en el área de la ingeniería y psicología. Uno de los principales pasatiempos de Arthur, eran poder desarrollar nuevas formas de incrementar el modo de aprender, cómo utilizar el pensamiento y estudiar el comportamiento humano.

No era una prioridad para el príncipe hacerse con el trono, pero su padre se había dado a la tarea de convencerlo y afianzar la idea de que tarde o temprano se convertiría en el responsable de una gran cantidad de personas que dependerían única y exclusivamente de las decisiones tomadas por él.

Aunque Arthur quería creer que posiblemente contaría con las habilidades necesarias para ser un buen rey, sus verdaderas prioridades no estaban enfocadas precisamente en tener un pueblo bajo su responsabilidad, ya que, como todo joven, tenía algunos intereses que no involucraban precisamente una corona y un trono. Arthur era un joven muy atractivo, quien siempre había tenido mucho éxito con las féminas.

Desde los 17 años, su pasión absoluta por las mujeres había sido incontrolable, habiéndose acostado con una gran cantidad de mujeres, tanto en el reino de Aiskel como fuera de él. Había tenido la posibilidad de conocer el mundo y viajar a diferentes lugares, siempre dejándose llevar por su fuerte

debilidad por el perfume femenino. No podía resistirse a una fragancia intensa, lo que siempre terminaba llevando a Arthur hacia la posibilidad de seducción de una chica.

Arthur era una presa fácil de una piel tersa o unos labios rosados, por lo que, siente algo de miedo al tener que enfocar toda su atención en dirigir el reino y no poder complacer sus necesidades como hombre. Desde el día en que su padre le había propuesto convertirse en un rey antes de tiempo, Arthur sabía perfectamente que llegaría un momento en el que no podría comportarse como aquel joven príncipe desenfadado y sin mucho interés por su reputación.

Cualquier mujer en aquel reino habría dado cualquier cosa por pasar por la cama del príncipe, quien podía hacer alarde de tener increíbles habilidades en la cama y proveer de un sexo formidable a cualquier chica. Todas las que habían tenido la posibilidad de ser poseídas por el joven príncipe podían coincidir en lo mismo, era un semental y pocas podía olvidar la forma en que las dominaban y las complacían durante el sexo.

Esto se hizo tan popular en las calles de aquel reino, que el joven solía ser apodado “el corcel”, ya que, era cabalgado con furia por muchas mujeres y todas solo podían tener buenas referencias acerca de él. Pero, aunque parecía una vida divertida y sin ningún tipo de complicaciones, esta etapa de irresponsabilidad que había vivido Arthur, estaría por terminarse un día cualquiera por la tarde cuando su visita a una de las bibliotecas del reino, lo pondría frente a una situación para la cual no estaba preparado.

Está acostumbrado a ser complacido, como buen príncipe, podría obtener cualquier cosa que deseara, por lo que, cuando algo le era negado, tenía que imprimir el triple de esfuerzo para poder conseguirlo. Arthur había cometido el error de tratar a muchas mujeres como objetos sexuales, descartando la idea de que estas eran seres pensantes y con sentimientos, las cuales necesitaban cierta atención y la necesidad de ser tomadas en cuenta como seres vivos.

El único objetivo que tenía Arthur en su mente a la hora de acercarse una fémina era llevarla a la cama y tenerla desnuda justo debajo de él. Estaba completamente condicionado a este tipo de actitudes, por lo que, después de algunos breves movimientos de seducción, generalmente siempre obtenía buenos resultados.

— Bienvenido, señor. — Dijo un joven aldeano encargado de abrir la puerta de un hermoso edificio donde se había instalado una de las bibliotecas más importantes de Aiskel.

La visita de Arthur a aquel lugar era uno de los eventos más importantes que se llevaba a cabo trimestralmente. El joven era un fanático de los libros, por lo que, solía visitar la biblioteca para actualizarse acerca de las nuevas ediciones que habían sido realizadas acerca de las investigaciones que se llevan a cabo dentro del mismo reino.

La mayoría de estos libros están escritos por pobladores y estudiosos del mismo reino de Aiskel, quienes dejaban sus registros e iban construyendo una de las bibliotecas más enriquecidas e importantes del mundo. El conocimiento humano se hallaba distribuido en todos aquellos tomos que parecían ser infinitos y que cada vez se reproducían con mayor frecuencia. Aquella tarde, Arthur llegaría a hacer su visita habitual, pero lo que encontraría frente a sus ojos ya no sería la misma encargada de aquel lugar que siempre solía recibirlo.

— Hola, soy Arthur. Príncipe de Aiskel. ¿Eres nueva aquí?

La chica asintió con la cabeza sin emitir una sola palabra, parecía que se encontraba muy nerviosa por la visita del príncipe, por lo que, evitaba abrir la boca para cometer un error.

— ¿Qué ocurre? ¿No puedes hablar? — Preguntó Arthur.

La intimidación era su principal arma de control.

La sonrisa que se dibujó en el rostro de aquella joven fue determinante para saber que Arthur estaba completamente perdido. Aquella chica era un sueño de mujer, y el aroma que expedía su cabello y su piel era una debilidad absoluta para el príncipe. Su visita a aquel lugar nada tenía que ver con seducción o conquista, pero fue difícil controlarse mientras se encontraba frente a esta joven, a quién era la primera vez que veía.

Victoria es una joven que recién llega al reino. Había intentado aplicar al ingreso en una de las escuelas de investigación de aquel lugar. Provenía de un reino muy lejano cuya existencia en el mapa era casi imperceptible. Había viajado cientos de kilómetros para poder optar a una posibilidad de estudio. Era muy inteligente, pero sus recursos financieros y su poca clase a la hora de seleccionar sus vestiduras la habían catalogado como una simple plebeya que

optaba por una posibilidad de evolución.

Tras tener un gran éxito en sus pruebas, Victoria había logrado sorprender a una gran cantidad de estudiosos del más alto rango de preparación en el reino de Aiskel. Esto le había dado la posibilidad de costear sus estudios tomando como responsabilidad la biblioteca principal del reino.

Este no fue ningún problema para ella, ya que, esto le daría la posibilidad de acceder a una gran cantidad de libros y material que servirían para mejorar su preparación en el área investigativa.

Pagaría con trabajo la posibilidad de estudiar en aquel lugar, y de esta forma, su éxito estaría asegurado en aquel pueblo. Se le había asignado una residencia privada exclusiva para ella, donde habitaría durante el tiempo que fuese necesario mientras desarrollaba sus estudios. El reino de Aiskel tenía una única condición, y esta estaba relacionada con el hecho de permanecer viviendo en aquel lugar después de obtener el rango más alto de preparación.

No podían arriesgarse a que todas las investigaciones y hallazgos realizados fuesen desarrollados en otros lugares, por lo que, el reino de Aiskel era muy egoísta y hermético con la educación y formación de sus miembros. Cuando Arthur se encontró con los ojos de Victoria, supo perfectamente que aquella chica no era alguien corriente. No era una plebeya de esas que camina por la calle con pies descalzo y con olor ácido.

Arthur pudo percibir una dulzura muy particular en la mirada de la chica, quien emanaba un aroma floral que lo cautivó desde el primer momento. El príncipe hacía un esfuerzo sobrenatural para poder controlar sus deseos de acercarse a la chica e inhalar con fuerza para guardar una memoria de su aroma, trataba de mantenerse sólido y ecuánime, pero por cada segundo que pasaba frente a esta joven, su perdición estaba cada vez más cerca.

— ¿Podrías indicarme cuáles son los nuevos tomos desarrollados en el último mes?

Intenta disimular.

— Por supuesto, acompáñame. — Dijo Victoria antes de darse media vuelta y caminar por un largo corredor que dirigía hacia una habitación con enormes estantes abarrotados de libros.

Arthur escuchó la voz de la chica, y al hacer esto, supo que tenía que

entablar una conversación con ella.

Su tono era suave y penetrante, una voz sutil que necesitaba ser escuchada por los oídos del caballero, quien siguió a la joven mientras sus ojos recorrían el cuerpo de la chica de manera inconsciente. No era sencillo controlar sus instintos, por lo que, el príncipe detalla las curvas de la joven de 20 años, quien apenas ha llegado al pueblo de Aiskel unos 20 días atrás.

La talentosa joven ha desarrollado su trabajo de manera impecable, sin generar críticas o cometer errores, por lo que, se convierte fácilmente y de manera casi instantánea en uno de los prospectos más importantes que pueda tener aquella casa de estudios.

Su trabajo en la biblioteca simplemente es complementario, las prioridades de Victoria no están enfocadas en hacer dinero, sino construir un talento impecable y buena preparación en el área de investigación. La pareja camina acompañada de un par de guardias, quienes llegan hasta la puerta de la habitación y permanecen afuera por órdenes de Arthur.

El príncipe quería tener una oportunidad de estar a solas con aquella chica para utilizar su talento, pero por primera vez, posiblemente aquellas habilidades y capacidad de persuasión, no surtirían efecto en alguna fémina.

Victoria estaba demasiado enfocada en sus objetivos por lo que, dejarse seducir por un caballero no sería sencillo. Aún conservaba su virginidad y no tenía malicia alguna con respecto a los hombres. Sabía que era una joven deseada, pero no utilizaba este recurso para su beneficio.

Lo último que pasaría por la mente de Victoria en ese instante era que las intenciones de Arthur en esa habitación eran convertirla en una más de su lista de conquistas, a quienes había llevado a la cama a disfrutar del placer más puro y delicioso.

La puerta se cerró a sus espaldas mientras cada uno de ellos estaba enfocado en un objetivo en particular. Mientras Victoria se esforzaba por ubicar los tomos que habían sido solicitados por el príncipe, este se encargaba de detallar las pantorrillas de la joven. Sus ojos se paseaban por el cuerpo de la señorita como si se tratara de una revisión minuciosa.

Mientras más la observaba, más seguro se encontraba de que era la candidata perfecta para su próxima sesión de sexo salvaje. Arthur estaba cometiendo un grave error al juzgar a esta chica como si se tratara de un trozo

de carne. Victoria no solo era una joven diferente, sino que también va a convertirse en la horma de sus zapatos.

— En esta área encontrarás lo que busca. Si necesitas de mí, estaré en la recepción.

La joven caminó hacia la puerta para retirarse.

Su trabajo allí había terminado. La tarea que le fue solicitada había sido cumplida, por lo que, no tenía más nada que hacer allí. Arthur no estaba acostumbrado a ser tratado con tal indiferencia, por lo que, se queda asombrado al ver como la joven se dispone a abandonarlo allí solo.

— No te he autorizado para que te retires. — Dijo el príncipe.

Los pasos de Victoria se detuvieron de manera inmediata. Hubo un silencio absoluto en aquella habitación, pues la joven no estaba acostumbrada a tratar con la realeza.

Una risa rompió el silencio.

— Solo es una broma. Puedes volver a tus labores si lo deseas.

Aunque Arthur estaba bromeando, por dentro se estaba incendiando de la molestia por ser tratado como cualquier sujeto. Era el hijo del rey de Aiskel, el lugar más importante del mundo, y la joven bibliotecaria lo había visto como un hombre común. Aunque parecía extraño, la mujer le generó cierto interés sobrenatural.

— Si necesitas algo más, puedes pedirlo sin problema.

La puerta se cerró y Arthur se quedó solo en aquel lugar.

Ya no podría concentrarse más, su principal objetivo era saber más acerca de esta bibliotecaria, a quien estaba seguro que conquistaría, aunque sus primeros movimientos con ella habían resultado en un fracaso inminente.

Victoria sentía que su corazón estaba acelerado sin explicación. Algo extraño estaba pasando.

## *II*

### *Acceso*

Las visitas de Arthur a aquella biblioteca se habían hecho mucho más constantes. La frecuencia con la que acudía a aquel lugar era mucho más evidente con el pasar de los días. En ocasiones, quería ir dos veces al día, algo que parecía completamente absurdo, ya que, no había razones para que un príncipe acudiera a una biblioteca tantas veces a la semana.

Había un cronograma de actividades que seguir y obligaciones que cumplir, pero Arthur había descuidado absolutamente todo para poder dedicarle tiempo aquella bibliotecaria que había encontrado en un lugar al que no solía acudir con demasiada regularidad. Arthur había dejado pasar sus entrenamientos con espada, descuidando sus clases de modales y las instrucciones diplomáticas.

Un rey debía estar preparado para cualquier situación, y Arthur, en vez de enfocarse en su futuro más cercano, había descuidado completamente su vida para poder ver periódicamente a esta joven pelirroja que se estaba adueñando de su mente. No quería comportarse como un acosador o un demente, pero Arthur, cada vez que se encontraba la chica por las calles del reino, solía seguirla hasta que llegaba a la biblioteca.

En alguna oportunidad, llegaron casi al mismo tiempo al edificio, pues Arthur pasaba la noche en vela esperando la hora de apertura de aquel lugar. La ansiedad solía consumirlo constantemente, ya que, este sentimiento de vacío solía apaciguarse rápidamente, y cuando se encontraba cerca de la joven no importa si se encontraban separados por una puerta, el simple hecho de estar en el mismo edificio, hacía que Arthur se sintiera en paz consigo mismo.

Llevan a cabo ciertas conversaciones que giraban entorno a los libros de investigación, ya que, Victoria mostraba una enorme pasión por el material que se almacenaba en aquella biblioteca. Tan solo en unas semanas de trabajar allí, Victoria había logrado revisar una gran cantidad de tomos, poniéndose al día de muchas investigaciones que se habían desarrollado en el reino de Aiskel.

Su manera de expresarse y de dirigirse a Arthur, era muy respetuosa, algo que despertaba cierto morbo en el príncipe, ya que, no había confianza en el príncipe a pesar de sus constantes intentos por conquistar la atención de la hermosa joven. La mente de Victoria era sumamente inocente, y en muchas oportunidades ni siquiera se daba cuenta de que estaba recibiendo halagos y cortejos por parte del príncipe.

Su mente siempre estaba ocupada pensando en cuáles serían sus próximos pasos durante cada día. Victoria estaba acostumbrada a ser una mujer muy planificada, por lo que, sacarla de su rutina era realmente difícil.

Muchas de las conversaciones que se desarrollaban entre Arthur y Victoria eran muy agradables, pero hasta cierto punto, el príncipe se había convertido en una pequeña piedra en el zapato de la joven, quien veía interrumpida sus obligaciones en aquel lugar.

Arthur no veía más allá de sus intenciones de poder conquistar a la nueva bibliotecaria, por lo que, intentaba ocupar gran parte de su tiempo y distraerla de todas las obligaciones que le competen a Victoria.

Pero no sería sino hasta una mañana cualquiera de un día martes, cuando Victoria descubriría que las intenciones de Arthur no iban dirigidas precisamente a mantener conversaciones inteligentes.

El caballero había resistido una gran cantidad de impulsos, pero la batalla interna que se lleva a cabo para poder mantener una relación neutral con la joven está siendo perdida. Los encantos del príncipe y heredero del reino de Aiskel siempre habían sido irresistibles para cualquier mujer. Enfrentarse con esta joven chica que no muestra ningún tipo de interés hacia él, levanta muchas sospechas.

Arthur desarrolla una investigación entorno a la chica, para saber si detrás de aquella inocencia, posiblemente haya algún miedo que le impida vincularse con alguien. La frustración domina la mente de Arthur, quien suele desesperarse con mucha facilidad en cada ocasión que abandona la biblioteca sin tener éxito alguno con la chica. Esta mañana Arthur estaba completamente decidido a llevar a cabo un plan que finalmente le permitiría entrar en contacto con Victoria.

Si esto no daba resultados, posiblemente tendría que dejar todo a un lado y enfocar sus intereses en alguien más. Desde que conoció a Victoria, no

había enfocado su mirada hacia otra fémina, ya que, esta había abarcado su absoluta atención y no tenía intenciones de relacionarse con alguien más. Mientras Victoria no cayera en sus redes, Arthur no estaría satisfecho, por lo que, había hecho uso de todo su arsenal de seducción para poder conquistarla, pero todo había fallado de manera catastrófica.

— ¡Buenos días! Has llegado más temprano el día de hoy. — Dijo la joven mientras organizaba algunos libros en las estanterías principales.

Arthur mostró cierta indiferencia.

— Hoy tengo intenciones de estudiar durante todo el día. Necesitaré que me apoyes durante un par de horas. — Respondió el príncipe.

Victoria mostró cierta duda en su rostro, ya que la planificación diaria que había establecido debía cumplirse. Los nuevos planes del príncipe no convergen para nada con lo que tiene planificado y su agenda está muy ajustada.

Aunque sabe perfectamente que no tiene tiempo para dedicarle al caprichoso príncipe, debe doblegarse para no despertar la furia de la realeza. Victoria es una joven muy inteligente, y sabe perfectamente que está allí en ese lugar gracias a los beneficios que le han proporcionado en el reino de Aiskel, negarse a colaborar con el hijo del rey, no daría buenas impresiones.

Casi de manera instantánea, Arthur notó el cambio de actitud de la chica, quien se había mostrado sonriente al recibirlo. Al intentar imponer sus deseos, el príncipe pudo evidenciar el cambio de humor de la joven, de quien se borró la sonrisa que se había dibujado en el rostro al verlo entrar por la puerta de la biblioteca.

— Como ordenes... Estoy aquí para eso. — Dijo Victoria con cierta molestia.

Arthur hizo caso omiso al comportamiento de la hermosa joven, ya que, la intención era sacarla de su zona de confort. Debía incomodarla, confundirla, hacer que se doblegara ante sus deseos, ya que, las estrategias dóciles no habían dado resultado alguno para el príncipe.

— Estaré en el salón principal. Te espero allí. No quiero que nadie nos moleste. — Dijo el príncipe mientras caminaba por el corredor.

Dos guardias caminaron hacia la puerta de la biblioteca y se ubicaron

frente a ella, impidiendo el paso de algunos de los pobladores, ya que, cuando el príncipe se encontraba en interior de aquel lugar, el paso era bastante limitado. Esto no era del todo negativo, ya que, muchos se congregaban a las afueras de la biblioteca para saber qué libros había revisado el príncipe, esto aumentaba la demanda de la búsqueda de estos tomos, mejorando la popularidad de la biblioteca.

Pero Arthur no estaba interesado en alimentar el conocimiento, no al menos el intelectual, ya que, su intención absoluta era iniciar una interacción con Victoria, quien ya había acabado con su paciencia y a quien debía meter en la red de seducción con medidas un poco más agresivas.

Mientras hablaban en aquella gran sala, el eco retumbaba debido a la altura de los grandes pilares que sostenían el techo elaborado en madera sólida. Cada palabra, no importa con cuanta baja intensidad se pronunciara, generaba una reverberación muy exagerada en aquel lugar. Los tomos eran colocados sobre una mesa, generando un sonido percutido que recorría todo lugar.

— Me gustaría revisar aquellos que se encuentran en lo más alto. — Dijo Arthur señalando un grupo de libros con una cubierta de color vino tinto y letras doradas.

Estas investigaciones habían sido desarrolladas por importantes científicos del reino. La tecnología en armamento más sofisticada se había vaciado en aquellos tomos, los cuales eran cuidados con una gran dedicación.

— Para llegar hasta allí necesitare la escalera. Iré por ella. — Dijo Victoria, mientras abandonaba la habitación para ir a buscar este implemento.

— Te acompaño...

Ambos caminaron por un largo corredor hasta llegar a una especie de depósito donde se guardaban múltiples objetos, obras de arte y material inservible que había sido devorado por los insectos o ratas.

— No conocía este lugar. — Dijo Arthur.

— Hay demasiado polvo como para que un príncipe pase por estos lugares. — Dijo Victoria mientras tomaba una gran escalera entre sus manos.

Arthur se encargó de ayudarla, llevando la escalera de nuevo a la gran sala de donde habían salido minutos antes. El comentario referente a su

estatus social, había herido un poco su ego.

Había interpretado aquel comentario como una forma de crear una marcada distancia entre la chica y él. Victoria nunca se imaginaría involucrada con un príncipe, por lo que, después de haber pasado tanto tiempo con él, finalmente ha comenzado desarrollar cierta confianza para poder hacer comentarios incisivos, propios de la personalidad agria y directa de la joven plebeya.

Aunque pudiese parecer increíble, para Arthur nunca existió esta diferencia en el estatus social, pero al ver la forma en que Victoria acentuaba esta condición, tenía que borrar definitivamente estas limitaciones entre ellos.

Arthur irradiaba clase, educación y una imponencia que intimidaba a cualquiera que se encontraba frente a él, pero esto no surtía efecto en Victoria, quien se sentía cada vez más cómoda en presencia de este miembro de la realeza del pueblo de Aiskel.

La escalera se apoyó sobre los estantes de aquella biblioteca que alcanzaba unos 3 m de altura. La chica ascendió por los peldaños para dirigirse a la parte más alta en donde se encontraban los tomos de color vino tinto con letras doradas.

— ¿Cuál de ellos quieres? — Preguntó Victoria desde las alturas.

Arthur no tenía la menor idea de cuál escoger, ya que su única intención era visualizar a Victoria desde la parte inferior. Observaba sus pantorrillas imaginaba que había debajo de aquella falda que cubría la zona de sus muslos y sus glúteos.

Deseaba que una fuerte brisa levantara aquella prenda de vestir y mostrara la piel de la joven, pero esto no iba a ocurrir. Fue entonces cuando la mentalidad macabra de Arthur se puso de manifiesto, solicitando el tomo más alejado y difícil de alcanzar, complicando la tarea para la joven bibliotecaria.

— Ese, el de la izquierda. Ese es precisamente el que estoy buscando.

Victoria pensó instantáneamente que el príncipe era un hombre bastante molesto, ya que, ya había solicitado el libro más difícil de alcanzar desde su ubicación. Pero, como buena profesional y responsable, intentó cumplir la tarea sin quejas.

Su brazo se extendió tanto como pudo, pero fue difícil alcanzar el tomo solicitado por el príncipe. Su dedo pulgar e índice sujetaron torpemente los extremos de aquel libro, pero su escalera, de manera inexplicable, perdió su estabilidad.

El pie del propio Arthur había generado dicho movimiento, aunque Victoria no lo había percibido. Un grito se escuchó en todo lugar, Victoria aseguraba que se precipitaría al suelo, y desde esa altura, lo más seguro era que se lastimara gravemente.

Arthur tenía todo absolutamente calculado, ya que, se había colocado en una posición estratégica para poder atajar a la chica, la cual cayó en sus brazos de manera segura.

Las manos de Arthur sujetaron sus muslos y su espalda, aprovechando la confusión y el miedo de la joven para que sus dedos palparan los firmes músculos de sus piernas. Fue un movimiento rápido, pero fue suficiente para que las manos de Arthur hicieran un mapa mental al tocar a la joven.

Victoria, con su poca malicia e inocencia marcada, no dio demasiada importancia a la forma en la que el príncipe la tocaba, ya que, daba mucha más prioridad al hecho de que debía agradecerle el no haberse lastimado gracias a él.

— ¡Que torpe soy! Gracias por atraparme.

Arthur y la joven estaba muy cerca, ya que, el rostro de la hermosa chica había quedado solo unos centímetros del de Arthur. Este sintió una increíble necesidad de acercarse y besar sus carnosos labios rosados. Pero prefirió contenerse antes de buscarse algún problema o rechazo por parte de la joven.

— Ha sido un placer salvarte la vida. Creo que me debes un favor. — Dijo Arthur mientras colocaba la chica en el suelo.

— Tienes razón. No sé cómo podría pagarte esto. Pude haberme roto el cuello al caer desde esa altura.

— ¿Cenarías conmigo esta noche? Estoy seguro de que quedaríamos a mano. — Dijo Arthur.

Victoria sintió un enorme calor que la recorrió desde su entrepierna hasta la cabeza. Una gran temperatura comenzó a ascender por todo su cuerpo, ya que había notado el cambio de actitud de Arthur.

— ¿Cenar contigo? ¿En el castillo? — Preguntó la chica con cierta incredulidad.

Hubo cierta ilusión en sus ojos.

Arthur sabía perfectamente que no podía ingresar a cualquier chica al castillo, pero al ver cierta duda en la mirada de la joven, no tuvo posibilidad de manejar aquella situación.

— Sí. Apenas termines irás conmigo al castillo. Podríamos pasarla muy bien allí.

Victoria no entendía muy bien a qué se refería el príncipe con este comentario, pero parecía estar poseída por alguien más, ya que, contestó de forma afirmativa, accediendo a la invitación del apuesto príncipe.

Su plan había dado resultados, y había logrado llevar a la chica justo hasta donde quería. Había conseguido estar tan cerca de ella, que ambos habían respirado sus alientos, algo que había sido más que suficiente para poder convencerlos de que había un deseo latente producto de tanto tiempo que habían pasado juntos en las semanas pasadas. A Arthur se le hacía agua la boca de solo imaginar a la pelirroja besando sus labios. No había ni que hablar respecto a los pensamientos vinculados al sexo.

Arthur había puesto su mirada sobre la chica y finalmente había asestado el golpe que lo dirigía hacia un encuentro lleno de lujuria con la joven bibliotecaria. Tan pronto como llegó la tarde.

Ambos abandonaron la biblioteca y fueron trasladados directamente al castillo en el carruaje real. Arthur no estaba autorizado para ingresar a ninguna chica al castillo, por lo que, el ingreso de esta joven fue completamente clandestino, aunque intentó que todo se desarrollará con absoluta naturalidad.

— Estaciona el carruaje en el jardín trasero. — Ordenó, Arthur.

Ambos descendieron del vehículo real, caminado a un paso bastante veloz hasta el interior del castillo. Arthur se aseguraba de no ser visto, pero en cualquier momento podría ser capturado por su padre, quien no estaría muy feliz de que el futuro príncipe ingresara plebeyas al castillo.

Juntos ingresaron a la habitación de Arthur. Victoria se mostró algo intimidada al ver la cama del príncipe, ya que, esperaba una visita en el

comedor.

— ¿Qué hacemos en tu habitación? Espero que no estés intentando pasarte de listo.

— Tranquila, comeremos en la terraza, justo ahora ordenaré que traigan la comida. Debes tener hambre.

Arthur abandonó el lugar para dar instrucciones precisas en la cocina. Sentía una gran adrenalina recorriendo su cuerpo, pues era la primera vez que ingresaba a una chica hasta su habitación de esa forma. Estaba poniendo en riesgo su ascenso al trono, pero Victoria lo valía.

### *III*

#### *Las sospechas del rey*

A puerta cerrada se desarrollaba una cena a la Luz de la vela, mientras la luna y las estrellas servía de testigos para un encuentro que por primera vez se llevaba a cabo. Tanto Arthur como Victoria no tenían ninguna idea de qué estaban haciendo allí realmente, pero una especie de magnetismo invisible los había juntado para ser cómplices de un acto clandestino aquella noche.

Arthur había podido ingresar de manera secreta las mejores carnes y vinos, pero lo que no sabía cómo manejar era la actitud de Victoria. Estaba muy cerca de conseguir su objetivo, pero la joven aún se mostraba renuente y un poco esquiva ante los intentos de Arthur por proveerle halagos y cortejos.

No era del tipo de chica que estaba acostumbrado a tratar, pero, aunque desconoce los verdaderos sentimientos de Victoria, está convencido de que tarde o temprano caerá en sus redes.

La recatada joven ha violado sus propios códigos de conducta, llevando a cabo los deseos de Arthur. Al verse sentada allí con su rostro iluminado por la luz de la vela, no se explica cómo es que ha aceptado una propuesta tan delicada como esta.

Victoria no es ciega, y mucho menos insensible, en cada oportunidad que se ha encontrado cerca de Arthur, ha experimentado su intenso aroma, y sería absurdo negar que siente algo muy agradable en la compañía del príncipe.

Pero los pocos avances que registra Arthur durante el día, son borrados rápidamente por Victoria durante las horas de la noche, quien se encarga de convencerse a sí misma de que no es suficiente mujer para poder llenar los zapatos de la pareja de un príncipe. Está convencida de que todo se trata de un juego o una malinterpretación de su parte, ya que, es posible que el príncipe trate de este modo a todas las mujeres del reino.

Y aunque es cierto, en otras condiciones, Arthur se habría encargado de manipular a la chica de una manera mucho más cruel, pero con Victoria ha sido diferente. La sutileza y la comprensión han evolucionado significativamente en la mente de Arthur, su personalidad se ha transformado y se ha vuelto un hombre mucho más paciente, lo que ha quedado

demostrado en su continua insistencia en tratar de llamar la atención de Victoria.

Ni él mismo se conoce, ya que, fácilmente habría descartado a esta mujer y hubiese infectado todas sus energías en tratar de conquistar a alguien más. Esto preocupa un poco a Arthur, quien ha evaluado esta situación una y otra vez durante sus meditaciones nocturnas en la misma terraza en la que se encuentra acompañado en ese preciso momento de la chica que ha ocupado gran parte de sus pensamientos de manera corrupta. Aunque no lo desea, Arthur ha permitido que Victoria se interne en lo más profundo de su pensamiento, acompañándolo durante la mayor parte del día.

Ambos se han visto involucrados en un contexto bastante particular, y ninguno quiere dar su brazo a torcer, aunque uno de los dos tendrá que ceder ante el deseo que comienza a crecer esa noche.

— La comida está deliciosa. Tenía tiempo que no comía algo así. — Dice Victoria con una gran alegría.

Arthur guardó silencio y contempló la forma tan efusiva con la que Victoria disfrutaba del sabor de la comida.

Parecía que no había probado un bocado en mucho tiempo, por lo que, Victoria comía con mucha rapidez y llevaba un bocado a su boca sin haber tragado el anterior. Esto hablaba claramente de cuáles eran las situaciones financieras en las cuales se encontraba Victoria. No tenía mucho dinero y lo poco que lograba acumular estaba destinado a su educación.

Su estadía en el reino había sido muy agradable y cómoda, pero bastante limitada en cuanto a los gastos. Era la primera vez que se alimentaba de forma tan deliciosa desde su llegada al reino de Aiskel, por lo que, no iba a desaprovechar la oportunidad de ingerir los manjares preparados por el cocinero más exquisito del reino.

No tenía límites, ni con la comida ni con el vino, algo que sería completamente contraproducente para Victoria, quien poco a poco comenzaría a desinhibirse y a dejar que una personalidad paralela que vivía dentro de ella aprisionada comenzara a aflorar.

Minutos más tarde, un sirviente de confianza se encargaría de retirar todos los implementos utilizados para la cena, dejando el área completamente despejada para que la pareja pudiera tener una conversación más privada.

— Has sido muy amable al invitarme aquí. Debe ser maravilloso ser un príncipe. — Dijo Victoria con cierta nostalgia que se dibujó en el rostro de la chica.

El solo hecho de pensar que pudiese tener acceso a esas comodidades cada día de su vida, llenaba de ilusión a Victoria, quien luchaba cada segundo de su existencia para poder lograr alcanzar el éxito y obtener un estilo de vida bastante cómodo.

Pero era absurdo, al ver el resto de los habitantes del pueblo, sabía que podía conseguir una situación económica bastante buena, pero nunca podría compararse con la vida de una princesa.

— ¿Alguna vez has soñado con tener esta vida? — Preguntó el príncipe, al ver el brillo en los ojos de la mujer.

— No tienes idea de cuánto lo deseo. — Respondió Victoria.

Arthur se tomó el atrevimiento de acariciar las mejillas de aquella joven, la cual se puso tan fría como un temprano de hielo. No sabía que estaba pasando, pero la forma en que la tocaba el príncipe le agradaba.

— Creo que debería irme. Dijo Victoria antes de alejarse un paso del príncipe.

La gran cantidad de licor que había en su organismo la hizo perder el equilibrio, entrando en escena el caballero, quien la tomó entre sus brazos. Arthur respiraba el aliento a vino de la chica, el cual se mezclaba con un aroma dulce y suave natural de la respiración de la chica. En ese punto, fue inevitable para el poder sucumbir ante los deseos de besar los labios de la joven.

Victoria lo permitió.

Los labios gruesos de Arthur tocaron los húmedos y carnosos labios de Victoria, juntándose en un beso profundo e intenso, el cual fue creciendo en magnitud con cada segundo.

Victoria sentía una increíble necesidad de apartarse, y detener aquella locura que se estaba llevando a cabo en la habitación de Arthur. Se estaba comportando de una manera muy irregular, por lo que, comienza a juzgarse una y otra vez en su cabeza.

Pero su cuerpo se comporta de una manera muy diferente a lo que se está desarrollando en su mente, ya que, sus manos, su piel y sus labios responden a los estímulos del caballero de una forma inesperada.

Arthur está completamente sorprendido por las habilidades de la chica para besar. Roza su lengua y disfruta de los juegos que se llevan a cabo en el interior de sus bocas. Rápidamente siente como su pene comienza a endurecerse en medio del beso, algo similar a lo que ocurre en la entrepierna de Victoria, quien comienza a humedecerse cada vez más rápido.

Siente la humedad como recorre toda su zona genital, con una gran temperatura que crece gradualmente mientras las manos de Arthur recorren su espalda y tocan su rostro.

El beso se detiene abruptamente por acción de Victoria, quien quiere huir de la situación, pero solo tarda un par de segundos en sucumbir nuevamente ante sus deseos y volver a besar al hombre. Este segundo beso fue mucho más intenso, era como si Victoria quisiera succionar todo el interior del caballero a través de su boca.

Lo hace con fuerza, con definición y mucha decisión. Arthur, quien en un inicio tenía el control, queda bajo los deseos de la chica, quien sujeta el cuello de su traje con mucha fuerza, pegándolo a su cuerpo sin que este pueda escapar. Arthur no tiene intenciones de detener aquella locura, y Victoria comienza sentir como el bulto del príncipe, se empieza endurecer al estar pegado a su cuerpo.

Fue entonces cuando sus pies comenzaron a moverse. Con un movimiento torpe, iban desplazándose hacia el interior de la habitación, y aunque Victoria sabía hacia donde se dirigía, no oponía resistencia.

Iban directo a la cama del príncipe, y este estaba dispuesto a hacerle el amor a esta joven hermosa pelirroja que de alguna u otra forma lo había hechizado con sus besos mágicos. Victoria tenía un don, tenía que tenerlo, ya que, era la primera vez que Arthur experimentaba tales niveles de excitación con un simple beso.

Siempre tenía el control, pero Victoria había pasado a tener en sus manos las riendas de Arthur, dirigiéndolo hacia donde ella quería y colocándolo justo en la posición en la que ambos habían deseado estar desde hacía algunos días.

Negarse ante la tentación era una tarea muy dura, y estando completamente solos en aquel lugar, aún más. Victoria cayó sobre la cama y separó sus piernas, pero esto parecía más un acto llevado a cabo por el alcohol que por sus propios deseos.

Esto hizo que Arthur se detuviera por un segundo, ya que, su intención no era aprovecharse de la joven mujer, quien tomaba su mano y la intentaba llevar hacia su cuerpo.

— Ven aquí. ¿Qué pasa? — Dijo Victoria al experimentar la duda que reflejaba Arthur.

— Creo que lo mejor será que vayas a casa. — Dijo Arthur mientras se separaba un poco de la chica.

Experimentó una decepción increíble, pues asumía que había hecho algo incorrecto que había molestado al príncipe.

— ¿Qué fue lo que hice? ¿Algo está mal? — Preguntó Victoria, con mucho miedo en su mirada.

— Has bebido demasiado. No quiero que esto sea algo de lo que te arrepientas después. — Dijo Arthur mientras acariciaba el rostro de la plebeya.

Después de besar sus labios, Arthur acarició su cabello y le transmitió mucha tranquilidad y calma a la chica, quien se había dejado dominar por la desesperación.

El momento había vuelto a ser mágico y Arthur estaba a punto de perder la voluntad de dejar ir a esta chica. En su cabeza se repetía una y otra vez el planteamiento de cómo podría ser tan idiota para dejar ir a una chica tan sensual y ardiente. Pero antes de que su voluntad cediera ante los deseos, la puerta sonó un par de veces.

— Arthur, hijo. Abre la puerta necesito hablar contigo. — Dijo el rey Casper.

Ya no había nada que hacer, Arthur debía actuar rápidamente antes de que su padre descubriera que había ingresado ilegalmente a una joven plebeya del pueblo al castillo. Esto estaba penalizado por las leyes del reino de Aiskel, ya que, siempre había riesgos de espías de otro reino que buscaban ingresar a aquella fortaleza.

En aquel lugar se guardaban los secretos más profundos del reino, las verdaderas razones de su evolución tecnológica y su crecimiento como imperio. Cualquiera que tuviese acceso a esta información, podría debilitar fácilmente las defensas de Aiskel, acabando con este lugar en muy poco tiempo.

— Es mi padre. Tienes que salir de aquí. — Murmuró Arthur.

Victoria no estaba en sus cinco sentidos, por lo que, siente cierta duda acerca de lo que dice el príncipe.

— ¿Irme? ¿A dónde? Es muy tarde. — Dijo la chica antes de dejarse caer nuevamente en la cama.

Parecía que Victoria estaba completamente dispuesta a quedarse a dormir aquella noche, planes que no tenían nada que ver con lo que tenía establecido Arthur para la joven. Tomándola en brazos, la llevó hacia la terraza, dejándola reposar en una banca de yeso muy cerca de un bello jardín de rosas.

La puerta sonó nuevamente, acompañada de la preocupación del rey.

— Arthur, ¿qué está pasando? Abre la puerta. — Dijo el rey.

— ¡Un segundo! — Gritó Arthur.

El rey comenzaba a desesperarse, por lo que, no espero más para ingresar sin el permiso del príncipe a la habitación. Asumía que algo malo estaba pasando, por lo que, al entrar, despejó sus dudas al ver a Arthur ingresar desde la terraza con una actitud bastante nerviosa.

— ¿Por qué has tardado tanto para abrir?

— No estaba preparado para atender a nadie. Creo que me merezco algo de privacidad, ya no soy un niño. — Respondió el príncipe.

— Debes obedecerme. Si te digo que abras la puerta, debes hacerlo.

— Dime qué quieres, papá. — Dijo Arthur, quien estaba bastante exaltado por la situación en la que se encontraba.

— He visto ciertos movimientos extraños hacia esta habitación el día de hoy. ¿Qué está pasando aquí? — Dijo el rey.

Arthur sintió como su corazón empezó a latir de manera descontrolada,

ya que, sabía cuáles serían las consecuencias para Victoria si la encontraban en aquel lugar. Nadie, absolutamente nadie podía entrar a aquel lugar sin la autorización del rey, por lo que, su decisión de llevar Victoria hasta allá, la estaba poniendo en riesgo a ella.

El rey intentó ingresar a la terraza, pero la mano de Arthur se colocó sobre el pecho del rey. La mirada del líder del pueblo de Aiskel se fijó en los ojos de Arthur, como tratando de ordenarle que le quitara la mano de encima. Aunque Arthur quiso mantener su posición, se vio obligado a eliminar el obstáculo, permitiendo que su padre avanzara a su voluntad directamente hacia la terraza.

El viejo rey paseó su mirada por todo el lugar, viendo todo en absoluta normalidad. Se dio media vuelta y caminó nuevamente hacia la puerta de la habitación de Arthur para retirarse.

— Estás actuando de manera muy extraña. Te estaré vigilando. No podemos cometer errores, tu ascenso está cerca. — Dijo el rey.

— Buenas noches, papá. — Dijo Arthur.

Tras cerrarse la puerta, el joven rey corrió nuevamente hacia la terraza sin explicarse qué era lo que había pasado y a donde se había ido Victoria. Cuando revisó en el jardín de rosas, la chica se había dado a la tarea de intentar ponerse de pie y su falta de equilibrio le había llevado a caer dentro de este. Las espinas habían lastimado un poco su piel, pero la inconsciencia de Victoria no le había permitido notar este pequeño detalle.

La oscuridad y los Rosales habían servido como camuflaje para que Victoria no fuese percibida por el rey, lo que le había dado la oportunidad a Arthur de poder sacar a la chica de forma secreta aquella noche y enviarla en el carruaje real hasta su lugar de habitación. Intentó una y otra vez indagar en cuál era la dirección donde vivía, pero Victoria no tenía uso de razón en ese instante.

Para poder salvar la libertad y la vida de Victoria, tenía que sacarla del castillo antes de que fuese descubierta, por lo que, no tuvo más opción que llevarla nuevamente a la biblioteca, donde amanecería la joven bibliotecaria con algunas espinas en su ropa, algunos rasguños en su piel y un dolor de cabeza producto del vino.

La joven despertó sobre un gran mesón ubicado en la sala principal,

cubierta por una manta tejida con los más finos hilos, la cual únicamente podía provenir del castillo de Aiskel.

No había sido un sueño.

Aunque no entendía nada, Victoria no indagó demasiado en el asunto, ya que, en ese momento su principal preocupación era no levantar sospechas acerca de su aspecto y se dirigió a arreglar sus ropas. Tocaba esperar la aparición del príncipe una vez más para que éste respondiera sus preguntas.

## IV

### *Si los libros hablaran*

La llegada inesperada de Arthur a la biblioteca, sorprendió a Victoria, quien se encontraba organizando algunos libros en las estanterías principales de aquella sala en donde todo había iniciado. El paso silencioso de Arthur no había sido percibido por la chica, quien se encontraba concentrada con sus manos sobre los tomos de aquellos libros tan importantes para el reino de Aiskel.

Sus niveles de concentración le habían impedido que escuchara o sintiera la presencia del caballero en aquella sala, mientras Arthur se tomó algunos segundos para visualizar el cuerpo de aquella chica mientras se encontraba en la escalera.

Esta vez, Arthur se había transformado en un hombre completamente diferente, ya que, no estaría dispuesto a tener condescendencias o contemplaciones para poder liberar al monstruo sexual que vivía dentro de él.

Caminó hacia la puerta de la sala, y cerró abruptamente. Esto llamó la atención de la chica, quien saltó del susto ante el sonido que se esparció exageradamente por toda la sala.

— ¡Arthur! No te escuché entrar. Qué alegría verte. — Dijo la joven con cierto nerviosismo.

Arthur caminó decidido hacia ella, quitándose el abrigo de lana que llevaba puesto. No dijo una sola palabra antes de ubicarse justo detrás de la chica, quien aún se encontraba en el cuarto peldaño de la escalera. La mirada del príncipe hablaba por sí sola, ya que, sus intenciones eran claras.

Arthur salió de la cama aquel día convencido de que Victoria sería suya, no importa las condiciones buen lugar donde esto se llevará a cabo, solo tendría 24 horas para poder cumplir sus objetivos, ya que, cada vez estaba más cerca su coronación y no tendría tiempo para las continuas visitas a la biblioteca.

Posteriormente a su nombramiento, estaría lleno de responsabilidades y obligaciones que no le permitirían llegar a la biblioteca con la frecuencia que

lo había hecho durante el último mes.

Tenía que ganar todo el tiempo posible, y ya los juegos de niños y enamorados tenían que quedar a un lado, Arthur debía comportarse como un adulto y hablar claramente con Victoria y demostrarle sus intenciones con ella. La joven intentó descender de la escalera, pero las manos de Arthur la detuvieron. Sujetaron sus tobillos de manera firme pero suave, mientras sus manos recorrían lentamente sus pantorrillas para detenerse en sus rodillas.

— Arthur... ¿Qué estás haciendo? Podrían descubrirnos. — Dijo Victoria.

Lo último que deseaba la chica era ser descubierta en una situación vergonzosa con el príncipe. Esto podría poner en riesgo su futuro y su condición como beneficiada del reino.

— No digas una sola palabra. Deja que tu cuerpo sea el que conteste. — Dijo Arthur.

El caballero podía sentir el nerviosismo en su cuerpo, mientras sus manos cada vez ascendían hacia una zona prohibida que ningún hombre había alcanzado antes en el pasado. Los dedos del caballero jugaban con sus muslos, apretándolos suavemente mientras palpaban la carne fresca de aquella joven que estaba a punto de derramarse en fluidos.

Nunca había experimentado tales niveles de excitación en el pasado, por lo que, cierra sus ojos y se sujeta a esos libros que con tanto empeño había cuidado durante los últimos días. Las manos del joven se filtran bajo su falda, sosteniendo la parte trasera de sus muslos hasta llegar a sus firmes glúteos. Esto generó que Victoria se pusiera tan tensa como una barra de acero, ante lo que, Arthur reaccionó de manera muy jocosa.

— Relájate, no te haré daño, a menos de que me lo pidas. — Digo el príncipe.

Victoria quería interrumpir el acto, pero no estaba lista para hacerlo. Su mente combatía con su corazón y su corazón a su vez libraba una batalla con su zona genital, la cual parecía estar ganando con una ventaja significativa. Quería que las manos del príncipe finalmente llegaran a su destino, que la tocaran y masajearan en aquella zona genital que estaba empapada en fluidos.

Arthur acarició las nalgas de la mujer, dando leves golpes mientras

palpaba su textura y suavidad. Sus pulgares dibujaron el borde de la zona redondeada, la cual parecía ser de mentira debido a su perfección. La respiración de Victoria había aumentado su ritmo, lo que evidenciaba sus niveles de excitación. Su aliento se había tornado cálido y mucho más notable, mientras sus manos apretaban con fuerza uno de los peldaños superiores de la escalera.

— No me hagas esto. No podría resistir más. — Dijo Victoria.

Arthur sujetó la ropa interior de la chica y la bajó súbitamente hacia sus tobillos, lo que dejó a Victoria completamente indefensa ante los deseos del caballero. Arthur estaba decidido absolutamente a cumplir con su meta de aquel día, y hasta el momento, todo era éxito.

El caballero subió la falda de la joven hasta la cintura, viendo con admiración los glúteos de la chica, los cuales eran blancos y perfectos, impecables incitadores a ser lamidos. Arthur no se contuvo, incrustó suavemente sus dientes en la piel de la chica.

Victoria gimió.

— Me gusta lo que haces. Pero esto no está bien. — Dijo Victoria.

Sus palabras se vieron interrumpidas inmediatamente por el caballero, quien dejó que su lengua comenzará a lamer su entrepierna. Arthur disfrutaba del sabor dulce de los ruidos de aquella joven virgen, quien parecía estar completamente de acuerdo en su que su cuerpo fuese devorado rápidamente por aquel hombre. Mientras Arthur jugaba con su lengua en la parte trasera de la zona genital de la chica, esta realizaba movimientos circulares con sus caderas intentando complementar los movimientos del caballero.

La lengua de Arthur finalmente la penetró, generando una sensación totalmente distinta en el cuerpo de la chica. Victoria se paró levemente sus piernas e incrementó el acceso del caballero, quien extendió su lengua para comenzar a estimular el clítoris de la joven.

Victoria estaba siendo parte de un acto completamente prohibido y clandestino, lo que aumentaba la adrenalina en su cuerpo. Después de estimularla durante algunos minutos, Arthur cargó a la chica y le permitió descender de la escalera.

La llevó directamente hacia un mesón mientras sus labios se devoraban

una vez más como en aquella terraza. Se lamían como bestias que quieren devorarse el uno al otro sin ninguna limitante. Se despojaron de sus ropas de una manera muy hábil, Arthur desnudaba la chica mientras esta lo hacía con su compañero, no había reglas. Cuando sus ojos se encontraron con la desnudez del otro, quedaron extasiados ante la perfección de la anatomía humana.

Se tomaron unos segundos para detallar el cuerpo del otro, estando completamente seguros de que habían tomado la mejor decisión aquella mañana. Victoria se recostó sobre el mesón y abrió sus piernas para recibir las embestidas de su compañero. Arthur fue delicado, y se subió en el mesón para acompañar a la chica.

Lamió sus pezones rosados, los cuales se habían endurecido minutos atrás. Después de palpar con sus manos la contextura de sus senos, finalmente asestó un beso en su cuello que succionó de manera intensa su piel.

Hasta el sonido más leve que se generará en aquel lugar podría ser amplificado por el efecto de reverberación tan exagerado de aquel lugar, por lo que, los gemidos que comenzaron a salir de la boca de la chica, fácilmente podrían ser escuchados en el exterior de aquella sala.

Arthur masturba su miembro para endurecerlo tanto como fuese posible. Quería entrar en ella de una manera suave pero firme, por lo que, preparaba su órgano sexual para tener el mejor rendimiento.

La cabeza de su pene estaba completamente lubricada en fluidos, Arthur, absolutamente excitado, ya no aguantaba más las ganas de comenzar a penetrar la chica, por lo que, se puso sobre ella y dejó que su gran miembro de 17 cm ingresara hasta el fondo de la vagina de Victoria. La chica mordió el cuello del hombre mientras sentía como su compañero se abría paso en su interior. Nunca había sentido un placer tan puro y delicioso.

— ¿Te duele? — Preguntó Arthur.

— Mucho, pero no te detengas. — Ordenó la joven.

Los movimientos del caballero eran certeros, ingresando una y otra vez su miembro mientras las paredes estrechas de la vagina de la chica generaban una presión increíble que lo excitaban cada vez más. La humedad y el calor comenzaron a hacerse presentes en aquella sala, mientras las gotas de sudor

recorrían la espalda de Arthur en cada penetración.

Ambos emanaban olor a sexo, entregados a un acto que marcaría el inicio de una relación enfocada en el sexo. No conocían que había más allá de sus personalidades superficiales, pero aquel encuentro definiría una relación llena de locura y desenfreno, la cual estaba definida por el ardiente deseo que se sentían el uno por el otro.

Sus mentes habían perdido el control sobre sus cuerpos, dejando que el sexo fuese el único recurso para poder comunicarse. Sus cuerpos se frotaban de manera salvaje, aunque la fricción era casi nula, debido a la gran cantidad de sudor que emanaba de sus cuerpos.

Victoria tenía sus pechos completamente lubricados debido a la transpiración, la cual comenzaba a convertirse en el perfume favorito de Arthur en ese preciso instante.

Su cabello comenzó empaparse, destilando gotas de sudor que se hacían mucho más continuas con el pasar de los minutos. Arthur no tenía la menor intención de detenerse, quería que el acto se extendiera durante horas y poder tener a la chica entre sus brazos de manera indefinida.

Sentía como los pechos de aquellas mujeres chocaban contra su zona pectoral, mientras el clítoris de Victoria sentía un estímulo increíble por la fricción con la piel de la pelvis del caballero.

Victoria separó sus piernas tanto como pudo, mientras el ardiente príncipe rebotaba contra ella una y otra vez sin ánimos de detenerse. Los besos cada vez eran más deliciosos, parecían tornarse dulces, espesos y húmedos.

La única manera de que ambos pudiesen detenerse era ser descubiertos, pero Arthur se había encargado de ubicar a dos guardias de seguridad en la puerta principal de aquella biblioteca, asegurándose de que nadie entrara en aquel lugar.

Victoria intentaba reprimirse para no gritar, pues la cantidad de placer que le estaba siendo proporcionado, la superaba por mucho. Se aferraba al cuerpo del caballero, mientras trataba de sofocar sus gritos al tapar su boca con la piel del hombre.

Pero hubo un momento en el cual ya no sería posible comportarse de forma racional, por lo que, un gran alarido salió desde las profundidades de

Victoria, lo que excitó aún más a Arthur, quien estaba preocupado por saber si su desempeño era el mejor.

Este alarido le dio señales claras de que lo estaba haciendo muy bien, por lo que, intensificó la velocidad de sus penetraciones mientras sus manos apretaban los muslos de la chica. Victoria ya no podía más, y sus ojos se iban a blanco cada vez que se acercaba al orgasmo. Arthur tomó a la chica y la colocó bocabajo, comenzando a las penetraciones con la misma intensidad, pero esta vez desde atrás.

Disfrutaba del panorama compuesto por su espalda y nalgas, las cuales eran una obra de arte perfectas. Se sujetaba de la cintura de la chica para generar penetraciones fuertes y continuas, las cuales llevaron a Victoria a un orgasmo inevitable al cabo de unos minutos.

La chica dejó salir múltiples alaridos que iban acompañados de una serie de fluidos que estallaron en su vagina. Arthur sintió la calidez de estos fluidos que lubricaron su miembro hasta el punto que este ya tampoco podía aguantar las ganas de dejar salir toda su pasión.

Fue entonces cuando el caballero extrajo su miembro desde lo más profundo y sacudió con su mano para expulsar una gran descarga de semen sobre los glúteos de Victoria. Nunca antes había salido tanta cantidad de esperma de sus testículos, por lo que, era claro que Arthur había aguantado mucho durante las últimas semanas, para poder darle toda aquella descarga a esta joven chica.

Parecía que sus genitales habían tomado el control del príncipe aquella mañana, guiándolo directamente hacia el objetivo cumplido. Arthur sacudió su miembro y se acostó sobre el cuerpo de la chica. Todo el mesón estaba lleno de semen, pero esto no parecía importarle a Victoria, quien había sido convertida en mujer por un príncipe, cuyos besos la habían convertido en su presa fácil.

— ¿Te ha gustado? — Preguntó Arthur.

— Me ha fascinado. — Respondió Victoria con una respiración aún agitada.

La complicidad era absoluta entre ellos, ya que, tanto Victoria como Arthur sabían perfectamente que el encuentro era completamente prohibido. El príncipe de aquel reino no podía mezclarse con cualquier mujer, pues se

corría el riesgo de comprometer el prestigio de la familia Real.

Arthur actuaba de manera irresponsable y había dejado pasar las reglas para complacer sus deseos. Victoria había sido una perfecta amante durante el encuentro, teniendo un rendimiento espectacular que prácticamente había enamorado a Arthur de su cuerpo.

— ¿Qué pasará ahora entre tú y yo? — Preguntó Arthur.

— ¿A qué te refieres? — Preguntó Victoria.

— Esto que ha pasado hoy ha sido increíble y no ha sido casual. Lo he deseado prácticamente desde que te conozco. — Dijo Arthur.

— ¿Y a qué quieres llegar con esto? Para todos está muy claro que una plebeya como yo no puede relacionarse con un hombre como tú.

— Eso puede cambiar cuando yo lo decida. — Dijo Arthur.

Victoria se sintió segura y protegida por el caballero mientras se encontraba con él en brazos, aunque aquello podría significar una gran cantidad de problemas en el futuro. Arthur estaba absolutamente seguro de que podría cambiar las reglas del reino, aunque esto era prácticamente imposible. Aunque mostrara una decisión absoluta de compromiso inquebrantable con Victoria, mientras su padre estuviese vivo, no permitiría que su hijo se vinculara con una chica común del reino.

El momento mágico en el cual sus cuerpos desnudos se encontraban fusionados sobre aquel mesón, posiblemente tendría repetición, pero los planes que tenía Arthur superaban los deseos de aquella joven, quien lo último que quería era ser desterrada de aquel lugar por involucrarse con el hombre equivocado.

— Vístete, sé perfectamente que tienes cosas que hacer. Pasaré por ti en la tarde, iremos a un lugar muy especial.

La chica estaba completamente llena de miedo al no saber cuál era el destino que le esperaba al lado de Arthur. Estaba un poco insegura de ser correspondida por el hermoso caballero, pues no quería enfrentar los problemas que traería su relación con un hombre de la realeza.

Arthur abandonó el lugar completamente satisfecho, pero a diferencia de otras ocasiones, no estaba dispuesto a descartar a la joven. Siempre que

conseguía su trofeo, pasaba a otro objetivo, pero con Victoria era diferente, la quería a su lado, suya y para siempre, por lo que, está decidido a impresionarla.

En su mente ya comienza a construirse todo el plan para poder convencer a su padre, aunque tenga que jugarse la vida, no está dispuesto a perder a Victoria ni renunciar a ese delicioso cuerpo lleno de virtudes diseñadas para el mejor sexo.

## V

### *El sacrificio*

Convencido de que bajo ninguna circunstancia su padre aceptaría aquella relación, Arthur había perdido la cabeza intentando determinar una solución que permitiera que él y Victoria estuviesen juntos de manera indefinida. Pasaba las noches en vela intentando determinar una nueva solución que le diera la oportunidad de encontrarse con la chica y quedarse con ella para siempre.

Durante aquel encuentro que había sido planificado por el príncipe, este tenía toda la intención de llevar a la joven a un lugar especial, el cual no pudiese olvidar jamás. Victoria había pasado ilusionada toda la tarde pensando en su encuentro con el príncipe, sabía que era un sujeto detallista y que siempre pensaba en lo más mínimo para poder sorprenderla.

Era imposible poder eliminar de su mente el recuerdo de lo que había ocurrido en horas de la mañana, aún sentía el olor del sudor del cuerpo de Arthur, quien la había poseído de una manera espectacular. Con solo cerrar sus ojos, podía recordar el rostro del caballero justo frente a ella mientras le hacía el amor, lo que la desconcentraba enormemente.

Muchos hablaron dirigiéndose a la joven bibliotecaria, pero nunca recibieron respuesta, ya que parecía que la mente de Victoria se encontraba en otra dimensión. Estaba desenfocada y distraída desde que Arthur había llegado su vida, sus prioridades habían empezado a cambiar. Se había ilusionado enormemente al saber que aquel príncipe se había interesado en ella.

Quizás, un poco de codicia había comenzado a crecer en la mente de Victoria, quien se proyectaba como una posible princesa. Pero estas ilusiones de que sería la acompañante de un hombre de tanto prestigio en el reino, se esfumaban rápidamente al conocer las leyes de aquel lugar. Arthur no tenía permitido involucrarse con ninguna chica que no fuese de un linaje puro.

Victoria, siendo hija de campesinos, no tenía oportunidad de mezclarse con la realeza, por lo que, debía descartar aquella posibilidad de manera inmediata. En medio de aquella situación, la única posibilidad que tenía era la

de convertirse en la amante del príncipe, ya que, sería difícil renunciar a los beneficios que podía proveerle aquel hombre.

Más allá de lo financiero y las ventajas de accesibilidad a cualquier cosa que deseara, aquel hombre podría proveerle algo que no se conseguía a la vuelta de la esquina, placer absoluto e incuestionable. Sus besos eran excitantes, y la forma en que le había hecho el amor, aunque había sido su primera vez y no tenía criterio para comparar, había sido espectacular e inolvidable.

Victoria contaba los minutos para volver a encontrarse con su príncipe, quien ya tenía planes para ellos. Durante el resto del día, Victoria intentó no pensar en Arthur, pero esto era prácticamente imposible, imaginaba cuales serían las posibilidades que habría establecido Arthur para su encuentro, pensando en que posiblemente volvería a ingresarla al castillo de manera clandestina para hacerle el amor a escondidas, lo que aumentaría nuevamente la adrenalina de sus cuerpos y los haría experimentar un placer absoluto una vez más.

Arthur era conocedor de lugares increíbles en el reino, lugares a los que solo él podía acceder. Esto les daba cierta ventaja con respecto a otros caballeros, ya que, fácilmente puede impresionar a las mujeres llevándolas ante paisajes majestuosos en los que podían sucumbir ante los encantos y deseos de aquel príncipe.

Arthur, estaba haciendo uso de todo su arsenal de guerra a nivel de seducción para poder llevar a Victoria hasta el límite de la pasión, ya que, había comenzado a enamorarse de esta joven bibliotecaria que había despertado las sensaciones más intensas en su interior. Ya no quería estar con nadie más después de aquel encuentro tan apasionado y desenfrenado que había tenido con aquella chica virgen.

No era la primera vez que Arthur inauguraba una jovencita, pero esta chica había sido diferente, parecía estar diseñada específicamente para complacerlo a él, ya que, cada movimiento, cada roce y cada beso era exactamente como a él le agradaba.

En medio de la situación en la que se encontraba, muy cercano al ascenso a sus labores como rey, no podía arriesgarse a simplemente ser parte de un capricho, debía darle el crédito necesario a Victoria para que se ganara el

respeto de su padre, y entrar con ella tomada de la mano no bastaría.

Arthur ha tomado una decisión muy drástica, y está a punto de llevarla a cabo durante aquel encuentro que se ha planificado con la joven bibliotecaria. Tal y como lo había prometido, en horas de la tarde, mientras Victoria salía de la biblioteca, un carruaje se detuvo justo frente a ella. Arthur, asomándose por una pequeña ventanilla del carruaje, la invitó a subir. La chica entró al vehículo y este se desplazó, jalado por caballos directamente hacia el bosque.

— ¿A dónde vamos? — Preguntó Victoria después de besar en los labios del príncipe.

— Es una sorpresa. Sé que te gustará. — Dijo Arthur mientras sujetaba la mano de la chica.

Victoria tenía que librar una batalla muy intensa consigo misma para poder evitar saltar encima del príncipe y hacer el amor en ese preciso instante. El carruaje estaba completamente cubierto, solo tenía pequeñas ventanillas por donde entraba el aire y permitía circular la ventilación.

Arthur había escogido un carruaje de este tipo, ya que, no podía ser identificado por nadie en el pueblo al recoger a la chica, debía mantener el secreto el mayor tiempo posible hasta que su plan diera resultados.

Después de aquel encuentro matutino en el cual habían conocido sus cuerpos y cuánto placer podían experimentar estando juntos, era difícil poder controlarse mientras se encontraban en el mismo lugar. El roce de los dedos de las manos de Arthur sobre la piel de Victoria, fácilmente la incitaban a comportarse de una manera inadecuada. Estaba justo en presencia de un príncipe, un miembro de la realeza que tenía modales, prestigio y era muy refinado. Victoria, no puede comportarse como una salvaje cuya única prioridad es el sexo, pero la tentación la devora por dentro.

La mano de la chica, sostuvo con fuerza la mano de Arthur, transmitiéndole una gran seguridad y una necesidad de tenerlo cerca de ella de manera indefinida. El gesto fue respondido por Arthur con una sonrisa muy sincera, lo que, permitió que Victoria se acercara su cuerpo y apoyara su cabeza en el hombro del príncipe. Al sentir el aroma de su cabello, Arthur podía perder el control rápidamente, por lo que, rodeó con su brazo el hombro de la chica y la abrazó fuertemente.

Victoria colocó su mano izquierda sobre el muslo del hombre, quien

sintió como todo comenzaba a cambiar rápidamente. La mano de la inocente chica, se deslizó de manera casi imperceptible directamente hasta su miembro, rozándolo con sus delicados dedos como si quisiera jugar con él.

— Extraño lo que ocurrió esta mañana. Fue increíble. — Dijo Victoria.

El pene de Arthur comenzaba a endurecerse rápidamente mientras el carruaje avanzaba a toda velocidad directamente hacia el bosque. La luz del día comenzaba desaparecer y la noche caía de manera inclemente para ocultarlos mientras se desplazaban por un camino de tierra bastante irregular.

Fue entonces cuando Victoria comenzó a sentir como el miembro de aquel caballero comenzaba a endurecerse. Su mano comenzó a tocarlo de manera más firme y frotaba la zona para estimular al caballero. Arthur recostó su cabeza sobre el espaldar del asiento, mientras cerraba sus ojos para disfrutar las caricias.

— ¿Quieres que continúe? — Preguntó la joven.

Arthur no tenía voluntad para pronunciar una sola palabra, así que solo asintió con la cabeza. Acto seguido sintió como la chica tocaba cada vez con más intensidad, realizando movimientos suaves pero firmes.

Su miembro estaba cada vez más duro y parecía que iba romper su pantalón. Ante esta necesidad tan extrema de liberar su pene, el mismo Arthur liberó su pantalón, mostrando así un enorme y grueso miembro que Victoria tomó entre sus manos.

Su delicada boca dejó entrar la cabeza del miembro levemente realizando suaves lamidas que estimulaban al príncipe. El movimiento del carruaje hacía que el movimiento fuese involuntario, aunque muy satisfactorio para el caballero.

Victoria sujetaba con firmeza y frotaba con suavidad, mientras su lengua daba leves latigazos que complacían a su compañero, quien comenzaba a gemir ante la estimulación. Arthur se asomó por la pequeña ventanilla y vio que se acercaban al lugar, por lo que, comenzó a moverse para estimularse él mismo con la boca de su amante.

— Quiero acabar en tu boca. — Dijo Arthur.

El príncipe buscaba la autorización de la joven, pues no quería incomodarla.

— Me encantaría que lo hicieras. — Dijo la chica antes de volver a introducir el miembro dentro de su boca.

Sus manos comenzaron a frotar con mucha fuerza el pene del caballero, como si quisieran extraer hasta la última gota de semen. Unos pocos minutos después, fue así. Arthur estalló en el interior de la chica, dejando salir todos sus fluidos en una espesa masa de esperma, la cual corría por el tronco de su miembro mientras se mezclaba con una gran cantidad de saliva de Victoria.

La joven estaba satisfecha de haber complacido a su compañero, y este estaba fascinado por las habilidades de aquella joven, quien comenzaba a mostrarle muchas más razones para tenerla a su lado.

Después de limpiar todos los residuos que quedaron alrededor de su boca, ambos finalmente bajaron del carruaje. Al llegar al lugar, se encontraron con una vista espectacular del reino. Se podían ver las antorchas y luces del lugar, mientras una brisa fría acariciaba sus rostros y sacudía el cabello de Victoria.

— Este lugar es hermoso. — Dijo Victoria.

— Pocos en el reino conocen este lugar, por eso te traje aquí, eres muy especial para mí. — Dijo Arthur.

Antes de continuar, Arthur dio señales al conductor del carruaje que se marchara, ya que necesitaba privacidad con la chica. Se acercó a ella, acarició su cabello y la besó suavemente. Arthur, intentando regresar el favor recibido minutos atrás, llevó su mano directamente a la zona genital de la plebeya, sintiendo como esta estaba muy húmeda.

— Me encanta sentirte así mojada. — Dijo Arthur antes de oler sus dedos después de tocar la zona genital de la chica.

Esto excitó mucho más a la joven, quien tomó los dedos del caballero y los succionó con mucha fuerza. Parecía que Arthur no tenía límites cuando se trataba de tener relaciones con Victoria, ya que, aunque había quedado satisfecho después de la sesión de sexo oral, su pene volvía a endurecerse al sentir como la chica lamía sus dedos.

Pero no era momento de volver a servirse del cuerpo de Victoria, ya que, su intención era complacerla a ella. Volvió a llevar a su mano en la zona genital la chica y esta vez apartó su ropa interior e introdujo sus dedos hasta el fondo de su vagina. Victoria gimió levemente, y sonrió al mostrar signos

de placer proporcionado por aquellos gruesos dedos que le habían penetrado.

Sentía que sus piernas comenzaban a perder fuerza en función a las sucesivas penetraciones de los dedos de su compañero, por lo que, se sostenía con sus manos del cuello de Arthur, quien movía su mano de manera salvaje para hacer expulsar a la chica todos sus fluidos en medio de un orgasmo.

— Estoy a punto de llegar. No aguanto más. — Dijo Victoria.

Esto fue suficiente para que Arthur incrementará su velocidad y, sosteniendo la chica con una mano en la cintura y la otra realizando las penetraciones, logró que Victoria experimentara un orgasmo tan intenso, que una cantidad de fluidos exagerados salieron desde el fondo de su ser.

— ¿Satisfecha? — Preguntó Arthur.

— ¡Absolutamente!

Arthur lamió sus dedos, los cuales se encontraban empapados con los fluidos de la joven y disfrutó del néctar delicioso, para después sacar un pañuelo y entregárselo a Victoria para que se limpiara.

— Quiero que estés conmigo para siempre. — Dijo Arthur mientras acariciaba el cabello de la joven.

— Y a mí me encantaría estar contigo eternamente. Pero eres un príncipe... — Dijo Victoria con cierto decepción.

Era el momento justo para que Arthur finalmente jugara la carta maestra que le daría la posibilidad de acceder a una vida con Victoria. Se inclinó para llegar hasta su bota, extrayendo una daga de unos 10 cm de longitud, lo que, asustó enormemente a Victoria.

— ¿Qué haces con eso? — Preguntó Victoria mientras se alejaba un par de pasos.

La mirada en el rostro de Arthur cambió drásticamente. La felicidad que habían compartido durante minutos, se transformó en una oscuridad tremenda. Arthur no dijo una sola palabra y apuntó el filo del puñal directamente hacia su abdomen.

— Llévame a casa. Asegúrate de que mi padre sepa que fuiste tú quien me ayudó. — Dijo Arthur antes de incrustar el puñal en su estómago.

Victoria se quedó petrificada al ver aquella horrible escena, en la cual, el hombre del que se había enamorado, comenzaba a sangrar exageradamente a través de la zona abdominal.

— ¡Arthur! ¿Qué has hecho? ¿Qué locura es esta? — Preguntó Victoria completamente desesperada.

Arthur se desplomó, cayendo sobre sus rodillas, mientras su mano intentaba detener el flujo de sangre.

A pesar de que sabía que era una completa locura, no se había arrepentido de lo que había hecho. Había dado una instrucción a Victoria y si esta quería salvarle la vida, debía obedecerla de manera inmediata.

— Deberás decirle a mi padre que intentaron asesinarme, y que, al encontrarme en el bosque, no tuviste otra opción que salvarme la vida. No tienes mucho tiempo. — Dijo Arthur.

Solo unos pocos segundos después, el príncipe se desvaneció, cayendo al suelo después de haber perdido el sentido. Victoria no podía creer en la situación en la que se encontraba, ya que, Arthur había comprometido su vida para darle una oportunidad a ella y ganarse el respeto de su padre, el rey. Pero trasladar a Arthur no sería fácil, y el carruaje había sido despachado de lugar, por lo que, la chica tomó a Arthur de los brazos y comenzó a tirar de él para llevarlo hacia el castillo.

Pero el príncipe no había dejado todo en manos de Victoria, ya que, a solo unos pocos metros, se encontraban un par de caballos atados a un árbol, los cuales servirían para trasladar, tanto al príncipe como a la chica. Al ver esto, Victoria sintió que el cielo se había iluminado, tomando ambos animales para dirigirse rápidamente al castillo.

La vida de Arthur pende de un hilo y la rapidez de Victoria determinará si se salvará o no. Siente como su cabeza palpita por el impulso de adrenalina en su cuerpo, Victoria debe actuar rápido o el amor de su vida morirá.

## VI

### *La huésped*

Fueron los kilómetros más largos que había tenido que recorrer en su vida. Victoria, con el corazón en la garganta, corría a toda velocidad dirigiendo a ambos animales hacia el castillo de Aiskel. No tenía idea de cuán profunda era la herida que se había propinado Arthur, pero no debía confiarse y tiene que avanzar rápido para poder salvar la vida de este hombre.

No solo se trataba del sujeto que amaba, el futuro del reino entero estaba en sus manos, ya que, este debía ser quien asumiera el trono dentro de muy poco tiempo. Arthur, en medio de su desesperación por no contar con el apoyo de su padre para casi absolutamente nada que él deseara, no tuvo más opción que darle la posibilidad a Victoria de acceder al respeto por parte del rey.

No habría más mérito para alguien que salvar la vida de su hijo, lo que le permitiría, al menos, estar cerca de Arthur sin sospechas. Si aquella joven había salvado su vida, era muy lógico que sintiera una gran empatía por ella, y, por ende, sería muy natural que surgiera un sentimiento. Al llegar a las puertas del castillo con un hombre ensangrentado con ella, los guardias se alertaron, apuntando sus lanzas directamente hacia los caballos dirigidos por la plebeya.

— ¡Traigo al príncipe Arthur! Está gravemente herido. — Gritó Victoria en medio de la desesperación.

Los guardias desbloquearon el acceso y permitieron que la chica trasladará al Príncipe directamente hacia el interior del castillo. Dos hombres se ocuparon de tomar al príncipe en sus manos mientras lo llevaban con uno de los médicos experimentales más importantes de aquel lugar. Victoria intentó seguirlos, pero el paso fue restringido.

Mientras esperaba en una enorme sala, la aparición del rey, acompañado de dos guardias fue una de las presencias más imponentes frente a las cuales había estado Victoria jamás. Aquel hombre había sido notificado de que su hijo había llegado con una grave herida de daga en su abdomen. Arthur era un guerrero excepcional, quien difícilmente sería herido de una manera tan

absurda.

Pero, habiendo tantos enemigos del reino, cualquier cosa era posible. El viejo hombre desciende por las escaleras del castillo para encontrarse con Victoria y hacer algunas preguntas que aclaren la situación, ya que, ha dejado en manos del médico de confianza a su hijo, quien tiene un 50% de posibilidades de sobrevivir. Ha perdido mucha sangre y aunque la herida no es tan profunda, ha dañado seriamente el tejido.

— ¿Así que tú eres la chica que trajo a mi hijo? Tengo algunas preguntas que hacerte. — Dijo el hombre.

La amabilidad no era uno de las virtudes de este rey, quien siempre mostraba un carácter fuerte e inquebrantable cuando se dirigía a los pueblerinos. Victoria, de acuerdo a su aspecto, era una mujer humilde, por lo que, el rey sabía que se trataba de cualquier chica del pueblo sin mucha importancia.

— Es un honor conocerlo, su majestad. — Dijo Victoria mientras hacía una reverencia ante el rey.

— Eres una joven muy hermosa, ahora que me encuentro cerca puedo notarlo. ¿Quién eres? — Preguntó Casper.

— Mi nombre es Victoria, soy la bibliotecaria del pueblo, y quien ha salvado la vida de su hijo.

— Eso lo tengo muy claro, mi verdadera pregunta se refiere a que, ¿de dónde has salido? Y, ¿por qué estabas con mi hijo en el momento en que lo atacaron? — Preguntó el rey.

Victoria, quien era parte de una gran mentira, sentía ciertas dudas al contestar las interrogantes del rey. No quería cometer un error que comprometiera el futuro de Arthur, pero ella no estaba preparada para aquella situación.

— Escuché algunos gritos en el bosque, provenientes de una especie de discusión. Al ver cómo herían a un sujeto, corrí en su ayuda. — Respondió la chica.

El rey duró por unos segundos, pero la historia parecía ser cierta.

— ¿Podrías identificar al atacante? — Preguntó.

Estaba muy oscuro, no fue sino hasta encontrarme frente a el príncipe cuando pude reconocerlo, por eso lo he traído hasta aquí, tan pronto como pude. Respondió Victoria.

— No tengo palabras para agradecerte lo que has hecho. Esperemos la evolución de mi hijo y sabremos recompensarte tu esfuerzo. — Dijo el rey antes de retirarse acompañado nuevamente de los guardias.

Victoria no sabía qué hacer, ya que, no tenía la menor idea de cuál era su situación en medio de aquella tragedia. Arthur se debatía entre la vida y la muerte y ella simplemente era su salvadora. Su vida se había convertido en un completo desastre desde la aparición de Arthur, pero, aunque está confundida y contrariada, sabe que las cosas van como Arthur lo desearía.

— Disculpe, ¿debo retirarme? — Preguntó Victoria.

— No puedo permitir que la salvadora de la vida de mi hijo se vaya a estas horas. Dormirás aquí esta noche. — Dijo el rey.

Un par de sirvientes se acercaron a Victoria y le proporcionaron algunas toallas y vestiduras para que esta pudiera dormir cómodamente. Fue dirigida hacia una habitación de huéspedes que era mucho más grande que el lugar donde habitaba, donde pudo recostarse en una suave cama mientras pensaba en la salud de Arthur. No podía creer como era posible que aquel hombre hubiese sacrificado su vida para poder darle una oportunidad a ella de vivir aquel sueño que siempre había habitado en su corazón.

Soñaba con castillos y una vida de lujos, pero nunca había pensado en que esto llegaría realmente. Se había esforzado para conseguir el acceso al reino y estudiar para obtener sus propias pertenencias, su ambición no era conquistar a un hombre rico que le proporcionará absolutamente todo, era trabajar con sus propias manos para conseguir las cosas con su propio esfuerzo. La joven plebeya estaba viviendo el sueño de cualquier chica, el príncipe se había enamorado de ella y había cometido grandes locuras para poder estar juntos.

Arthur, en ese momento inconsciente, no tiene la menor idea de cuán grande sea vuelto el amor de Victoria hacia él, ya que, al poner su vida de por medio, le ha demostrado cuán significativo es la presencia de esta joven en su vida, por lo que, Victoria hará lo posible para que esto sea recíproco.

Los días comenzaron a transcurrir y Victoria había sido relevada de sus

funciones en la biblioteca. El rey mismo había ordenado que la chica permaneciera en el castillo mientras la condición de salud de Arthur no mejorara.

Esto era positivo para la joven, ya que, cada día que pasaba en el castillo ganaba cierto crédito y podía ganar territorio con el rey. A veces cruzaba algunas conversaciones y palabras con el monarca, quien comenzaba a sentir un gran agrado por aquella joven chica.

Pero no solo los ojos de Arthur y Casper, se habían fijado en la belleza de Victoria, ya que, uno de los sirvientes del Castillo había puesto sus ojos en aquella joven mujer.

Dándose cuenta de que no era una simple plebeya, imaginaba que, al estar en el mismo estrato social, tendría una oportunidad con ella. El sirviente no tenía la menor idea de que Victoria tenía un vínculo sentimental con el príncipe del reino, por lo que, intentaba cortejarla una y otra vez sin obtener éxito.

A simple vista se notaba que era un hombre de malos sentimientos, por lo que, Victoria había comenzado sentir cierto miedo al estar en el mismo lugar que este hombre cuyo nombre era Emanuel. Era uno de los sirvientes con más tiempo trabajando en el castillo, quien se había ganado la confianza tanto de Casper como de Arthur. Cumplían múltiples labores en aquel lugar, y podía desplazarse por todo el castillo sin ninguna autorización.

Esto le daba cierta ventaja para poder estar cerca de Victoria sin que esta lo notara, ya que, había llegado hasta el límite de espiarla mientras se encontraba en su habitación. Las paredes del castillo tenían muchos secretos, y Emanuel había creado acceso a esta habitación a través de un pequeño orificio donde podía espiar a la chica mientras se desvestía antes de tomar un baño o mientras se cambiaba de ropa para ir a dormir.

Su forma de espiar a Victoria era enfermiza, ya que, había llegado hasta el punto de la obsesión. La joven, quien ya había pasado más de dos semanas en el castillo, aún no había visto por primera vez a Arthur desde que este había sido herido por sus propias manos. Comenzaba a desesperarse al no tener noticias de él, y cada vez que preguntaba por su estado de salud, simplemente recibía una respuesta básica y sin demasiadas explicaciones.

El rey quería tenerla cerca para que fuese el propio Arthur quien

descartara la posibilidad de que fuese ella quien lo había herido, pero sus intenciones estaban a punto de perjudicar a Victoria. Durante la madrugada, el castillo era completamente silencioso, siendo el lugar perfecto para el descanso. Arthur, quien aún no despertaba, había sanado muy rápidamente, el médico había hecho un trabajo excepcional y su herida curaba progresivamente.

Le habían sido administrados una gran cantidad de medicamentos que lo mantenían inconsciente de forma inducida, de esta forma su sanación sería mucho más rápida. Aquella noche, mientras ciertos espasmos involuntarios parecían molestar a Arthur, como si quisieran despertarlo, Emanuel había tomado la determinación de dar un golpe certero en la habitación de Victoria.

La chica se había quedado despierta hasta tarde leyendo algunos libros, pero finalmente había sido vencida por el sueño. Decidió quitarse las vestiduras para ponerse más cómoda por lo que, dejó caer su vestido al suelo para quedar completamente desnuda. En ese preciso instante, la puerta de su habitación se abrió abruptamente, ingresando de manera desesperada un hombre cuyas intenciones eran perfectamente claras.

Emanuel, un hombre de casi 2 m de estatura ingresó a la habitación mientras cerraba con llave la puerta. El terror invadió a Victoria, quien tomó sus vestiduras y se cubrió rápidamente de manera superficial.

— ¿Qué estás haciendo aquí? Sal de mi habitación antes de que comience a gritar. — Dijo Victoria.

— Podrás gritar todo lo que desees. Pero nadie te escuchará. — Respondió el enfermo hombre.

Emanuel se había encargado de colocar una sustancia en la cena del rey, lo que lo había hecho caer en un profundo sueño que no perturbarían ni las explosiones de cañones aun lado de su cama. Emanuel estaba seguro de que finalmente conseguiría su objetivo, por lo que, se acerca lentamente caminando hacia Victoria, quien se aleja rápidamente del. No se trata de una joven cualquiera que se dejará atacar sin defenderse, pero la contextura de Emanuel es mucho más grande que el cuerpo delgado y frágil de Victoria

— Será mejor que no me subestimes. — Dijo Victoria antes de tomar un candelabro de hierro ubicado sobre una pequeña mesa en su habitación.

— Haz todo lo que creas necesario para defenderte. Todo será inútil. —

Dijo el caballero mientras se quitaba la camisa.

Emanuel estaba completamente decidido a violar a Victoria, abusar de ella era la única forma en que podría acceder a su cuerpo, ya que, esta había mostrado un desinterés absoluto hacia él.

— Si no te resistes, lo disfrutarás. — Dijo el hombre.

Las paredes de la habitación parecían hacerse cada vez más pequeñas, asfixiando a Victoria, quien estaba a punto de entrar en un colapso nervioso. Estaba a punto de ser víctima de un hecho atroz, encontrándose en el lugar donde creía que sería la mujer más feliz del mundo.

La conexión existente entre el príncipe y la plebeya, parecía ser algo sobrenatural, ya que, de manera curiosa, lo que no había ocurrido en tanto tiempo, finalmente pasó. Los ojos de Arthur se abrieron abruptamente, como si un aviso lo estuviese llamando a despertar.

Al encontrarse con vida, supo perfectamente que su plan había dado resultado, de lo contrario, habría muerto en el camino hacia el castillo después de incrustarse la daga en su abdomen. Colocó su mano sobre la zona de la herida, y pudo ver que esta había cerrado casi totalmente.

El médico hacía uso de una tecnología y medicinas evolucionadas que sanaban la piel y regeneraban el tejido de manera casi inmediata en comparación con otros reinos. Arthur tenía muy poca energía, pero no pudo quedarse acostado en aquella cama y decidió ponerse de pie. Caminaba dando tumbos de un lado al otro de manera torpe, sus piernas no se habían ejercitado en muchos días.

Necesitaba encontrar a alguien que le diera respuestas, por lo que, abandonó la habitación y comenzó a caminar por aquel corredor sin saber hacia dónde ir. Parecía una especie de magnetismo que lo guiaba directamente hacia donde estaba ocurriendo el hecho horrendo perpetrado por Emanuel, ya que, iba directamente hacia la puerta de aquella habitación. La vista de Arthur es borrosa, y sus manos palpan las paredes para intentar mantener el equilibrio.

Pero su oído no pudo engañarlo, cuando escuchó la voz de Victoria gritando por auxilio, sus sentidos se agudizaron aún más. No podía ser nadie más, era Victoria, por lo que, aceleró su paso y se dirigió hacia aquella puerta bloqueada que lo separaba de la mujer que amaba, estando a punto de ser

atacada por uno de sus hombres de confianza.

Emanuel ya había inmovilizado a la chica sosteniéndola por las muñecas, mientras su lengua había recorrido desde su cuello hasta sus mejillas. Victoria había intentado defenderse al golpear al hombre con el candelabro de hierro, pero este se había deshecho al chocar con el antebrazo de aquel fornido hombre.

Emanuel, lleno de maldad, se había tomado el tiempo para disfrutar de su encuentro, por lo que, hacía todo con lentitud y calma, pero esta demora, le costaría más caro de lo que él creía. Cuando se destinaba a quitarse el pantalón para finalmente llevar el acto a cabo, la puerta sonó tres veces.

— ¡Abran la puerta! ¿Qué está pasando allí? — Dijo Arthur con una voz muy débil.

Emanuel pudo ver las intenciones de Victoria de gritar para poder alertar al príncipe de lo que estaba pasando, por lo que, puso su mano sobre la boca de la chica interrumpió sus gritos.

Arthur no era ingenuo, por lo que, intentó derribar la puerta con algunos golpes, pero era inútil, se encontraba muy débil. La única forma de entrar en aquella habitación era a través de las ventanas, por lo que, decidió ir a la habitación continua y salir por la ventana para poder trasladarse hacia el lugar en donde se encontraba Victoria.

— Se ha ido... Es momento de hacerte mía.

Victoria se desplomó violentamente sobre el colchón, llorando angustiada ante la imposibilidad de defenderse. Arthur arriesgaba su vida por segunda vez, podía ver hacia el vacío y sentirse mareado al desplazarse por un borde muy pequeño en lo alto de las afueras del castillo. Sus movimientos eran torpes y lentos, pero hasta ese momento, era la única oportunidad de Victoria de salir airosa de aquella situación.

El tiempo corre y se agota.

## VII

### *Desterrados*

Aunque su paso era lento y torpe, Arthur finalmente pudo llegar hasta la ventana de la habitación de Victoria. Esta se encontraba bloqueada con el seguro, por lo que, su intento por ingresar no dio resultados.

No tenía más opción que embestir el obstáculo de cristal y atravesar la ventana. Esto lo haría justo en el momento preciso antes de que Emanuel finalmente ultrajara el cuerpo de Victoria, quien se encuentra absolutamente desnuda sobre la cama, indefensa ante los deseos de un hombre notablemente más fuerte que ella.

Al escuchar la explosión de los cristales, los cuales cayeron al suelo de manera abrupta, Emanuel se alarmó, ya que, no esperaba tal demostración de interés por parte de Arthur. Desconocía la relación que existía entre aquella plebeya y el príncipe, imaginando que solo se trataba de una simple amistad vinculada al hecho de que le había salvado la vida.

— ¡Príncipe! ¿Te encuentras bien? — Dijo Emanuel mientras se acercaba a Arthur para ayudarlo a levantarse.

Arthur, al saber perfectamente lo que está ocurriendo en aquella habitación, apartó la mano de Emanuel, quien había ofrecido su ayuda.

— Esto lo pagarás muy caro. — Dijo Arthur mientras tomaba fuerzas para levantarse.

— Príncipe... Yo no sabía. Por favor perdóneme. — Rogaba Emanuel al saber su destino.

Victoria se cubría con las sábanas, mientras lloraba desesperadamente al verse a punto de atravesar uno de los episodios más traumáticos de su vida. Sus sentimientos se encontraban divididos, ya que, se combinaba la emoción de volver a ver a Arthur en pie y el terror de haber enfrentado a un hombre que estuvo a punto de violar su cuerpo.

Cuando Arthur finalmente pudo ponerse de pie, tenía toda la intención de combatir contra Emanuel, pero era una batalla bastante desigual, ya que, con un par de golpes, Emanuel acabaría con la vida del príncipe. Esta no sería la

decisión más inteligente, pues todo el peso de la ley caería sobre el sirviente.

De igual forma, por la mente de Emanuel atravesaban todas las posibilidades que vendrían en el futuro, ya que, había quedado expuesto ante los ojos del propio príncipe, quien acababa de descubrir que era un depravado sexual.

Sus intenciones de violar a la invitada, no pasarían por alto, por lo que, debía ser juzgado. La pena máxima en el reino de Aiskel era la horca, por lo que, aquel sirviente, el cual había quedado reducido a lágrimas y temblores involuntarios en su cuerpo debido al miedo, estaba siendo invadido por el pánico y la desesperación. Sin demasiadas oportunidades, Emanuel se desplomó ante los pies del príncipe, implorando piedad por su vida, ya que, no era necesario que Arthur dictara una orden para saber qué es lo que le espera en un futuro cercano.

— Me he dejado llevar por mis impulsos. No sé qué me pasó por favor perdóname.

— No me toques con tus asquerosas manos. — Dijo Arthur mientras pateaba el rostro de Emanuel

El príncipe sentía un profundo asco por aquel hombre, ya que, este había colocado sus manos sobre la mujer que amaba, y lo único en lo que pensaba en ese momento era en asesinarlo con sus propias manos. Pero el estado de salud de Arthur no estaba totalmente recuperado, por lo que, era imposible que el príncipe pudiese hacer algo para castigar al sirviente de manera física.

— Morirás ante la vista de todos, juzgado como un enfermo sexual. — Dijo Arthur.

— No, príncipe. Por favor no lo hagas. — Dijo Emanuel, lleno de lágrimas.

Arthur dio algunos pasos hacia la cama para asegurarse de que Victoria se encontraba bien, mientras la chica se acercaba a él para refugiarse en sus brazos. Emanuel entendió que había un vínculo mucho más fuerte entre estos dos personajes de lo que él podría imaginar, por lo que, las consecuencias eran inevitables. Sin más oportunidades, Emanuel tomó la decisión abrupta de saltar por la ventana y quitarse la vida él mismo antes de ser ridiculizado y juzgado públicamente.

Al encontrarse en un nivel superior, la altura era bastante considerable, por lo que, al caer sobre su cuello, Emanuel murió casi de manera instantánea, quitándose de encima el peso de ser visto por todo el pueblo como el hombre que casi viola a la novia del príncipe. Posiblemente este era el único ser que sabía realmente la verdad acerca de lo que está pasando entre Arthur y Victoria, pero gracias a que había fallecido en ese instante, no se convertiría en un dolor de cabeza para Arthur.

— ¿Te encuentras bien? — Preguntó Arthur mientras sus manos palpaban en el cuerpo de Victoria.

— ¡Estás vivo! No tienes idea de cuánto me alegra verte de nuevo. — Dijo Victoria colocando sus manos en el rostro del príncipe.

El caballero abrazó a la joven, refugiándola en sus brazos como si no quisiera dejarla ir jamás. Disfrutó del aroma de aquel cabello que tanto había extrañado, mientras los besos de la chica, fueron la cereza del pastel.

Aquel toque mágico que tenían los carnosos labios de Victoria, surtió efecto de manera inmediata. Parecía que el estado de salud de Arthur comenzaba a mejorar en función a la cantidad de besos que recibía de aquella chica, sintiéndose fuerte y viril nuevamente.

Cada vez los besos fueron más intensos, y parecía que aquel episodio en el cual había terminado un hombre muerto a las afueras del castillo, había quedado olvidado instantáneamente, ya que, Arthur se metió a la cama de la plebeya e hicieron el amor de manera salvaje aquella misma noche. La debilidad y la poca fuerza en el cuerpo de Arthur no fue ningún problema, ya que, sería la propia Victoria quien se encargaría de todo durante aquel encuentro.

Le proporcionó un placer inimaginable al príncipe, quien recién había vuelto a la vida y había sido recibido de la manera más particular que pudiese imaginar. Había visto morir a su sirviente de confianza, y acto seguido estaba haciéndole el amor a la mujer que amaba y a quien deseaba con absoluta locura.

En medio de aquella sesión de sexo descontrolada, Arthur estaba completamente seguro de que esta era la mujer que quería tener a su lado el resto de su vida, por lo que, comienza a jugar en su mente con la idea de que es el momento de revelarle a su padre, el rey Casper, qué es lo que está

pasando en ese preciso instante.

Ya no vale la pena ocultar absolutamente nada, pues lo que podría ocurrir podría generar consecuencias mucho más graves que el hecho de enfrentar la realidad. Después de amanecer en la cama acompañado de su hermosa plebeya, Arthur está dispuesto a confesarle a su padre el amor que siente por Victoria.

El rey es sorprendido en las horas de la mañana mientras toma el desayuno. No está al tanto de lo que ocurrió durante la noche, y un fuerte dolor de cabeza lo tiene aturdido. Las sustancias colocadas en su comida la noche anterior por el propio Emanuel, lo han dejado muy golpeado, y al tener un estado de salud bastante desgastado y delicado, el daño ha sido un poco severo.

Al desconocer esta situación, Arthur ingresa a la sala tomado de la mano de Victoria, una imagen que llenó de confusión al rey, quien experimentó una gran felicidad de ver a su hijo de pie, pero al ver como sujetaba a la chica, la ira se apoderó de él.

— ¡Hijo! ¡Estás bien! Déjame darte un abrazo.

— Qué gusto verte, padre.

Ambos caballeros unieron en un abrazo muy fuerte, pero este gesto no significaba que la molestia del rey había desaparecido.

— Victoria, buenos días. ¿Podrían explicarme qué está pasando? — Dijo el rey.

— Podría pasar días narrándote la historia, padre. Pero seré breve. Victoria no solo es la mujer que salvó mi vida, es la mujer que amo y a quien quiero convertir en mi esposa. — Dijo Arthur.

Victoria había divagado con aquella idea muchas veces, pero nunca pensó que su sueño se hiciera realidad. La posibilidad de convertirse en esposa del príncipe nunca había sido tan real como en ese momento en que escuchó las palabras del propio Arthur diciéndoselas a su padre. La sonrisa que se había dibujado en el rostro del rey al reencontrarse con su hijo se borró de manera inmediata.

La confusión, las dudas y una gran cantidad de interrogantes se formaron en la mente del rey, quien pensaba constantemente en el futuro del reino. No

era posible que Arthur estuviese enamorado de una simple plebeya, una pueblerina que recién había aparecido en su vida y que de pronto querría ascender al poder.

En la mente del rey Casper, solo se trataba de una chica oportunista que estaba buscando las posibilidades de conseguir acceso a riquezas a través de la manipulación de su hijo. Esto era completamente natural, ya que, Casper actuaba como un padre sobreprotector que lo único que quería era el bienestar de Arthur.

— Lo que dices no tiene ningún sentido. La herida y los medicamentos deben haber hecho un grave daño en ti. — Dijo Casper antes de dar la espalda a su hijo.

— Lo que te digo es completamente cierto y no cambiaré de parecer. — Respondió el príncipe.

— Es inaceptable. Y si quieres hacer tu voluntad, tendrás que fundar tu propio reino y hacer las cosas a tu modo. — Dijo el rey.

Arthur miró fijamente a los ojos de Victoria para confirmar una vez más que lo que estaba ocurriendo tenía una razón de ser sólida y transparente. Al verse reflejado en aquellos ojos verdes de la plebeya, Arthur supo perfectamente que era allí donde quería vivir, en esos ojos llenos de sinceridad y amor que le habían transformado la vida de la noche de la mañana. Fue entonces cuando decidió tomar la decisión más determinante que jamás hubiese pensado que tomaría.

— Renunciaré al reinado si es necesario. Si no cuento con tu apoyo pues me iré. — Dijo Arthur.

Victoria no podía creer lo que escuchaban sus oídos, ya que, aquel príncipe estaba renunciando absolutamente todos los beneficios y una vida asegurada, simplemente por estar con ella, descubriendo que el amor que siente Arthur es mucho más grande que cualquiera que hubiese conocido algún humano.

— Arthur, no lo hagas. Respondió la princesa mientras intentaba detener la locura.

— Ya está hecho. Ya él tomó su decisión. — Interrumpió el rey.

No había más palabras que decir, el príncipe había desertado del reinado

por amor, y el rey no estaba dispuesto a aceptar que una simple plebeya ascendiera al trono en compañía del príncipe, por lo que, las relaciones entre padre e hijo se habían fracturado inevitablemente aquella misma mañana. Arthur abandonó la sala acompañado de Victoria para no volver a ver el rostro de su padre jamás.

Prepárate, saldremos en una hora. — Dijo Arthur dirigiéndose a su compañera.

Victoria no podía creer nada de lo que estaba pasando, todo un reino se estaba viendo destruido por su simple aparición en la vida de Arthur. Ella no había buscado aquel destino para el príncipe, ya que, su única intención era brindarle amor, apoyo y comprensión a este joven que se le había metido en el corazón de manera gradual.

Sus planes en aquel reino no eran los de convertirse en princesa, simplemente quería evolucionar a través de los conocimientos que impartían en aquel lugar. De la noche a la mañana, había conseguido destruir aquel reino, fracturando las relaciones entre el rey y su hijo, quién sería su sucesor en los próximos días.

— Arthur, no puedo permitir que hagas esto por mi culpa. No iré a ninguna parte contigo. — Dijo Victoria.

— No debes sentirte culpable por lo que está pasando. Esto ocurriría tarde o temprano, nunca he tenido el apoyo de mi padre para absolutamente nada. Ha terminado. — Dijo Arthur.

La decisión y determinación que mostraba el príncipe a través de sus ojos llenaron de terror a Victoria, ya que, sabía que todo se vendría abajo una vez que Arthur abandonará el reino. Tal y como le había indicado el príncipe, una hora después, ambos se encontraban sobre sus caballos dirigiéndose a las afueras del reino. Arthur es desterrado por su propio padre al no cumplir con sus demandas de olvidar el amor de aquella chica.

El príncipe sabe perfectamente cuáles serán las consecuencias de su decisión, aunque algunas de ellas serían inimaginables para el atractivo amor de Victoria. Durante todo el camino hubo un silencio ensordecedor, solo se escuchaba el cantar de las aves y el galope de los caballos, ya que, Victoria no tenía intenciones de iniciar una conversación entorno a lo ocurrido.

Para Arthur, ya todo estaba hecho y era momento de iniciar una nueva

vida junto a la mujer que amaba, aunque detrás de él había dejado al único hombre que se había preocupado por él durante toda su vida.

Es inevitable para el príncipe sentir una gran presión en el pecho al saber que posiblemente no volverá a ver a su padre. Su estado de salud es delicado, y ha desmejorado mucho en los últimos días. Para el rey, su hijo ha muerto, y la ira lo consume a tal punto que lo lleva hasta la desesperación. Sabe perfectamente que, al no tener otro heredero, el reino se verá en un estado crítico tras su partida física.

Y aunque parecía increíble, aquel nivel de estrés y preocupación parecía haber acelerado enormemente el deterioro de su salud, ya que, esa misma noche, tan solo 10 horas después de la discusión con su hijo, el rey había caído en cama en una situación de salud muy delicada. El médico de la familia no había podido hacer absolutamente nada por él, ya que, parecía que su corazón comenzaba a apagarse gradualmente.

A las 11:00 p.m. de la noche de un día triste y oscuro para el reino de Aiskel, el rey Casper cerró sus ojos y murió en la tranquilidad de su cama, aunque su corazón estaba lleno de dolor y decepción. Arthur y Victoria habían llegado hasta una cabaña en el bosque, en donde guardias del reino solían acudir con mujeres a desarrollar fiestas clandestinas y disfrutar de la diversión nocturna. No era el lugar más bonito para llevar a una dama como Victoria, pero esto para ella no era importante.

Arthur se veía disperso y confundido, pero no sería sino hasta la hora de la muerte de su padre, que Arthur se desplomaría en llanto al internalizar lo que está ocurriendo.

No solía actuar de forma tan impulsiva, pero ya no había marcha atrás, y un profundo presentimiento parecía gritarle que algo muy grave había ocurrido. Por momentos, sintió ganas de regresar, pero no tenía intenciones de lidiar con un rey testarudo que intentaría manipularlo hasta que finalmente lograra hacer su voluntad una vez más con la vida de Arthur.

Estaba cansado de ser manejado por el rey, era momento de iniciar su propia vida, por lo que, debía ser firme y establecer sus propias reglas a partir de ese momento.

— ¿Te sientes bien? — Preguntó Victoria.

— Sí, solo es un presentimiento. Duerme tranquila, nos iremos por la

mañana.

Arthur estaba decidido a pedir la mano de Victoria a sus padres, ese era su destino próximo, las lejanas tierras de Fralgar.

## VIII

### *Regresos inesperados*

El reino de Aiskel ha quedado con un vacío de poder absoluto, ya que, tras la muerte del rey no hay ningún sucesor. Todos los habitantes de aquel lugar sienten una incertidumbre muy aguda al no saber cuál será su destino.

Acostumbrados a ser guiados de manera efectiva por un rey bondadoso inteligente, ya no saben cuál será el camino que les depara el futuro. La noticia del destierro de Arthur se ha vuelto de dominio público, por lo que, no hay nadie que pueda ocupar el lugar del rey de manera automática.

Podría generarse un conflicto interno a la hora de establecer quien asumirá el poder, por lo que, el reino de Aiskel atraviesa una de las peores crisis conocidas. Todos claman por el regreso de Arthur, ya que, se sabe que es un joven gentil y que fácilmente llenaría los zapatos de su padre para guiar al pueblo hacia el mejor futuro. Nadie sabe cuál es el paradero de Arthur, ya que, no ha dejado pistas ni rastros durante su partida.

Un comité de emergencia se ha formado para poder solventar la solución, donde los hombres más talentosos y estudiosos del reino de Aiskel se han reunido para poder tomar medidas y no dejar que el reino caiga en un estado de crisis que no pueda manejar.

— La decisión de Casper ha sido catastrófica para todos. Debemos elegir un líder. — Dijo el más anciano de todos.

— No se trata de hoy liderazgo, se trata de valores. — Respondió alguien.

— Aiskel es un reino que ha estado en la mirada de los enemigos durante muchos años, no podemos mostrar debilidad a estas alturas. — Agregó alguien más.

Cada uno daba su opinión acerca de aquella situación, pero eran más las opiniones que las soluciones que le daban a la problemática, ninguno tenía la respuesta precisa para encontrar la manera de salir de aquella problemática, por lo que, se escudaban en su propio razonamiento y no daban luces hacia la solución de aquella crisis. Mientras estos hombres conversaban y opinaban, Arthur se encontraba cada vez más lejos del reino y más cerca de su destino.

Su camino hacia el encuentro con los padres de Victoria, había sido constante, y estaba decidido a mostrarse frente a los progenitores de la mujer que amaba como el hombre que le proporcionaría un futuro seguro y estable. Se movían a caballo durante el día y paraban durante la noche para descansar, no sería fácil llegar allí, pero Arthur estaba decidido a hacerlo.

El corazón de Victoria estaba lleno de ilusión, al saber que el hombre realmente estaba comprometido a estar con ella el resto de su vida. No cualquiera podía renunciar al trono de uno de los reinos más importantes de la tierra, por lo que, Victoria sabe perfectamente que el amor que pregona Arthur es genuino y sincero.

El comité había tomado su decisión, era momento de hacer volver a Arthur, pues la decisión del destierro había sido tomada de manera personal por Casper, el pueblo no tenía que asumir las consecuencias de una decisión que había sido tomada en medio de la ira. Arthur debía volver y ejercer sus funciones como rey, ya que, la ruptura había sido con su padre, no con el pueblo de Aiskel.

Cientos de guardias a caballo fueron enviados en busca de Arthur, pero era como buscar una aguja en un pajar, ya que, no había manera de determinar cuál había sido su destino. Pero esta solución era mucho más efectiva que simplemente sentarse a esperar a que surgiera un mesías o un líder que los llevara por un buen camino.

Confiaban en Arthur y era él precisamente a quien necesitaban en el reino. Pero el comité había cometido un error terrible, ya que, habían utilizado gran parte de su caballería defensiva para dedicarse a buscar a Arthur, lo que había debilitado notablemente al reino en caso de una invasión.

Aquellos que siempre estaban acechando al reino en busca de los secretos tecnológicos y científicos del lugar, vieron finalmente una oportunidad para poder ingresar sin muchos inconvenientes. El reino de Aiskel se encontraba en el estado más vulnerable de su historia, por lo que, era una oportunidad de oro para sus enemigos.

Las tropas de algunos reinos vecinos comenzaron a armarse para atacar, ya que, una vez que lograron conquistar este reino, tendrían acceso a todo el poder oculto detrás de los estudios de los hombres que habitaban en Aiskel.

Para ese momento, Arthur se encontraba muy cerca de las tierras de Fralgar, las cuales eran una mina de oro para aquellos que trabajaban con la agricultura y la ganadería. Era un lugar hermoso, y Victoria se sentía llena de emoción al volver a pisar esas tierras que había abandonado hacía ya algún tiempo.

— Se siente bien volver. — Dijo Victoria.

— Es un lugar muy bello. Podríamos vivir aquí para siempre. — Dijo Arthur.

— ¿Realmente no piensas regresar? — Preguntó Victoria, quien sabía que el destino de Arthur era ser rey.

El príncipe ignora la pregunta y aceleró el paso de su caballo.

Ambos llegaron a una pequeña cabaña con algunos animales a las afueras de esta, era una cabaña de ensueño, el lugar perfecto en el que cualquier niño desearía crecer. Patos, bueyes, cabras y cerdos, caminaban libremente por todo el lugar, mientras el pasto verde hacía contraste perfecto con el cielo azul. Victoria y Arthur descendieron de sus caballos para caminar hasta la puerta, siendo recibidos de manera efusiva por la madre de Victoria.

— ¡Hija mía! ¡Esto debe ser un milagro! — Gritó la mujer.

Victoria no pudo contener las lágrimas al volver a encontrarse con su madre.

— ¡Cristian, nuestra hija ha regresado! Ven aquí.

Arthur veía la escena con mucha emoción, ya que, era un reencuentro del que muchas veces había hablado con Victoria.

El hombre que se mostró no parecía estar muy contento con el regreso de su hija, ya que, había algo detrás de aquella situación que la joven no conocía.

— Has traído un amigo a casa. Sean bienvenidos. Vamos a adentro. — Dijo la mujer mientras abrazaba a su hija en invitaba a su compañero a entrar.

A la mesa se sirvieron los postres más deliciosos y los platos más exquisitos que Arthur alguna vez hubiese probado. Ni el chef más prodigioso del reino tenía tal nivel de calidad culinaria, por lo que, disfruta de la comida con gran gusto.

Risas, historias y anécdotas son relatadas por cada uno de los personajes que se encuentran sentados a la mesa, pero todo ese episodio de felicidad y alegría, se convertiría en un drama total tras la intervención de Victoria.

— Creo que ya es el momento de que sepan la verdadera razón por la cual estoy aquí. — Dijo la joven.

Un silencio rotundo se generó en aquella pequeña sala, la cual era pequeña y muy acogedora.

— También tenemos algo que comentarte, pero tu primero, hija. — Dijo la madre de Victoria.

— Arthur no es solo un amigo, es el hombre que amo. — Dijo la joven con cierto temor.

Era el momento de intervenir para el joven, quien debía decir las palabras cruciales que sellarían el compromiso.

— Es verdad. Ambos estamos enamorados y me encantaría que aceptaran que me casara con su hija. — Dijo el príncipe, quien no ha revelado su verdadera identidad.

— ¡Es imposible! — Dijo la mujer antes de pararse abruptamente de la mesa.

Victoria se vio extrañada al ver la actitud de la mujer, ya que, se había proyectado muchas veces en aquella situación y siempre había contado con el apoyo de su madre, por lo que, esta reacción la dejó completamente desconcertada. Acto seguido, Victoria se puso de pie y caminó detrás de su madre, necesitaba respuestas y al parecer no las obtendría delante de Arthur.

— ¿Qué te ocurre, madre? ¿Por qué has actuado así? — Preguntó Victoria.

La mujer mostraba una molestia increíble en su rostro, era como si los planes de Victoria interrumpieran algo que ella ya había establecido previamente.

— No me interesa quién es ese joven, no puedes casarte con él. — Dijo la madre.

— Es el hombre a quien amo. ¿Por qué no podría casarme con él?

— Hemos prometido tu mano a Argor, y es con él con quien debes casarte, de lo contrario perderemos estas tierras.

Victoria sintió como si una gran cantidad de hormigas recorrieran su cuerpo, ya que, conocía perfectamente quién era Argor y cuáles eran sus condiciones en aquel lugar. Este era el propietario de una gran cantidad de terrenos de la zona, quien cobraba una fuerte suma de dinero por no desalojar a los habitantes. Era un matón, un asesino y temido por todos los habitantes de Fralgar.

— ¿Cómo pudiste hacer eso? Además, no tenía planes de volver. ¿Qué pensabas hacer? — Dijo Victoria.

— Solo dependíamos de eso. El destino te trajo hasta aquí y ahora no podrás irte jamás. Debes casarte con Argor.

— ¡Eso no va a pasar! No me casaré con ese ser despreciable. — Respondió Victoria de forma grosera.

Recibió una bofetada instantánea propinada por su propia madre, lo que llamó la atención de Arthur, quien se paró de la mesa y fue acompañar a su amada. El padre de Victoria no intervino.

— He escuchado todo lo que han dicho desde la mesa y no puedo callar más. Soy Arthur, príncipe de Aiskel, y podría pagar por estas tierras si lo desean.

La mujer soltó una carcajada al no creer las palabras del joven, pensaba que estaba completamente loco al asegurar que era el príncipe de uno de los reinos más poderosos.

— Todo está dicho, te casarás con Argor y tú, muchacho, puedes dormir aquí esta noche, pero deberás irte en la mañana.

— No permitiré que Victoria se case con ese sujeto, pelearé por ella. — Dijo Arthur.

Había intereses encontrados en toda aquella situación, ya que, Argor deseaba a Victoria desde hacía ya un tiempo, por lo que, había permitido a los padres de la chica poseer aquellas tierras a cambio de su mano.

Esto se vieron seducidos por esta oportunidad y no dudaron ni un segundo en comprometer a su hija con aquel hombre que destruiría su vida

sin dudarle. El padre de Victoria pensó que su hija nunca volvería, pero al verla, supo que su destino estaba marcado.

— Llévame con ese tal Argor, lo retaré a un duelo a muerte, quien sobreviva será el compañero de Victoria por vida. — Dijo Arthur dirigiéndose a la madre de Victoria.

— No eres rival para Argor, pero si eso quieres, así será.

— ¡No, Arthur! Te matará...

Victoria intentaba impedir la locura que estaba desarrollándose en ese instante, pero Arthur estaba determinado y la madre de Victoria quería quitarlo del medio. Confiaba ciegamente en que Argor acabaría con este joven que decía ser el príncipe de Aiskel, así que lo llevó con él.

Tocaron a la puerta de una gran casa, la cual estaba elaborada en sólida piedra y su puerta estaba hecha de roble.

— ¿Quién toca? — Se escuchó desde su interior.

— Argor, lamento molestarte. Necesito hablar contigo. — Dijo la madre de Victoria.

El hombre se mostró, con un aspecto intimidante que respaldó la confianza de la madre de Victoria, quien sabía que con un solo golpe partiría en dos a Arthur.

— ¿Qué deseas? — Dijo el hombre.

— Esta situación es incómoda para mí, pero este sujeto dice ser el prometido de Victoria, y quiere demostrarte su fuerza en un duelo.

El hombre fornido, de cabeza rapada y barba de 30 cm de largo, soltó una carcajada y colocó sus manos sobre su gran barriga.

— ¿Quieres retarme en un duelo? ¿Tú, muchacho? Pues acepto... — Respondió el hombre con mucha confianza.

Se dirigió hacia el interior de su casa nuevamente, saliendo de ella con una gran hacha en su mano.

Arthur había cometido un grave error, ya que, no había contemplado que el duelo se llevaría a cabo en ese mismo momento, por lo que, no se preparó. No tenía espada ni escudo, por lo que, debía usar sus manos e inteligencia

para poder salir con vida de aquel duelo.

Victoria se había quedado encerrada en la cabaña de sus padres, no debía estar en aquel lugar, ya que, posiblemente vería morir al hombre que amaba, por lo que, la desesperación la invade mientras encuentra acompañada de su padre.

— Debes confiar en el destino, hija. Si ese muchacho está en tu futuro, todo saldrá bien. — Decía el gentil hombre intentando calmar a su hija.

El combate dio inicio, y el hacha pasaba muy cerca del rostro de Arthur en cada oportunidad. Apenas tenía posibilidades de esquivarlo, y un ataque cuerpo a cuerpo no surtiría resultados en contra de un hombre tan grande. Era musculoso y pesado, por lo que, Arthur no tenía posibilidades contra él.

Su única defensa eran las condiciones físicas de aquel hombre, ya que, siendo más ágil que él, podría agotarlo hasta poder aprovechar su propia arma para derrotarlo. Así lo hizo, Arthur se dedicó a esquivar al hombre una y otra vez, haciéndolo perder la paciencia de manera instantánea, liberando toda la fuerza bruta de este caballero.

— ¡Deja de esquivarme, maldita sea! Eres un cobarde. — Decía el hombre mientras atacaba insistentemente con su hacha.

Después de una hora de repetidos movimientos similares, Argor se encontraba agotado, lo que se evidenciaba en su respiración. Arthur no había recibido un solo ataque, había logrado esquivar cada uno de los intentos del hombre por asesinarlo, pero también estaba comenzando sufrir del agotamiento.

En un último ataque, Arthur no vio un árbol que se encontraba detrás de él, por lo que, al darse media vuelta para intentar esquivar un ataque, estrelló su rostro contra la superficie del tronco de aquel sólido roble.

Quedando confundido, Arthur cayó al suelo, siendo una presa fácil para el gigante que se acercaba a él para acabar con el trabajo. Su hacha se levantó para cortar su cabeza, pero Arthur logró esquivarlo en el último momento.

El filo de la hoja logró alcanzar apenas el rostro de Arthur, cortando y dejando una herida profunda en su mejilla. El hombre estaba completamente dispuesto a asesinarlo y quitarlo del medio, por lo que, Arthur no podía dejarse vencer, el amor de Victoria no podía quedar en manos de aquel

sujeto, por lo que, Arthur utilizó el peso de aquel hombre a su favor. Visualizó algunas lanzas que solo estaban puestas sobre un tronco acostado en el suelo. Debía dirigirse hasta allí.

Mientras las gotas de sangre corrían por su rostro, Arthur logra ubicarse en una posición estratégica, llamando la atención de aquel hombre, quien corrió brutalmente hacia él para acabar con el trabajo. En medio de un grito de guerra, Argor levantó su hacha para asesinar a Arthur, quien pasó por debajo de sus piernas y pateó su espalda con tanta fuerza que Argor quedó incrustado en dos lanzas.

Aunque parecía imposible, el hombre aún se encontraba de pie y caminó hacia Arthur, pero no sería sino hasta después de dar unos 3 pasos que caería muerto frente al príncipe. La madre de Victoria no podía creerlo, Arthur había matado a un hombre que había asesinado a miles de hombres con su hacha.

— Volveré a Aiskel. Creo que no volverá a ver a su hija jamás. — Dijo Arthur mientras caminaba hacia la cabaña donde se encuentra su futura esposa.

La mujer quedó impactada e incrédula de lo que ocurría. Años más tarde, perdería la cordura al no soportar la ausencia de su hija.

Al ver llegar a Arthur, Victoria saltó en sus brazos de felicidad.

— Pensé que te perdería. — Dijo la joven.

— Harían falta más de mil hombres como ese para impedir que esté a tu lado. — Dijo Arthur antes de besar a su futura esposa.

Un sentimiento muy fuerte había crecido entre ellos, y era hora de hacerlo oficial. Después de tanta insistencia, Victoria logra convencer a Arthur de regresar a Aiskel. Lo hicieron en el momento preciso, ya que, solo estaban a un par de días de ser invadidos. Victoria nunca pudo perdonar a sus padres por lo que habían hecho, y la cicatriz que marcó el rostro de Arthur, le recordaba cada día la crueldad de su madre.

Arthur convirtió a la plebeya en su esposa, después de haber luchado por ella en múltiples formas. La amaba como a nadie y la convirtió en su reina, Victoria había pasado de ser una simple bibliotecaria soñadora, a ser la compañera del rey más poderoso del planeta.

## ***NOTA DE LA AUTORA***

Si has disfrutado del libro, por favor deja una review del mismo (no tardas ni 15 segundos, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo pueda seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

**[Haz click aquí](#)**

*para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis*

***¿Quieres seguir leyendo?***

Otras Obras:

**[La Mujer Trofeo](#)**

*[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)*

*— Comedia Erótica y Humor —*

**[La Pasión del Elfo](#)**

*[Novela Erótica, Romántica y de Aventuras](#)*

*— Romance, Fantasía y Erótica —*

**[Desgarrada](#)**

*[Romance Paranormal entre Magia, Fantasía y Licántropos](#)*

*— Romance Paranormal, Erótica y Fantasía —*

# “*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

## Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el

moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios

días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufá y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

## **Javier**

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

# **La Mujer Trofeo**

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

*Ah, y...*

*¿Has dejado ya una Review de este libro?*

*Gracias.*